

POR UN ROJO AMANECECER:



HACIA UNA HISTORIA
DE LOS
COMUNISTAS CHILENOS

MANUEL LOYOLA
JORGE ROJAS
compiladores

OSCAR AZOCAR
LUIS CORVALAN M.
EVGENIA FEDIAKOVA
GERMAN PALACIOS

CRISTIAN PEREZ
CESAR QUIROZ
AUGUSTO SAMANIEGO
OLGA ULIANOVA

Historia, Historiadores y comunistas chilenos

Jorge Rojas Flores

Este texto se propone describir las principales características que ha tenido, hasta ahora, la recuperación de la historia de los comunistas chilenos, identificando lagunas, énfasis y formas de abordar el tema. Las investigaciones sobre el PC chileno no han sido objeto de un balance general. Este artículo no pretende saldar ese vacío, pero sí avanzar en esa dirección, señalando además perspectivas y posibilidades temáticas y potencialidades de nuevos enfoques.

Debido a los objetivos que nos hemos propuesto y la ausencia de estudios sistemáticos en muchas materias, el carácter general de este texto será el de un ensayo. Cuando sea posible daremos algunas indicaciones bibliográficas y de información que respalden nuestros juicios. Sin embargo, en muchos casos sólo adelantaremos hipótesis, ofreciendo posibles respuestas a los múltiples fenómenos que podrían ser objeto de una reflexión más fina.

Historiografía y memoria:

La relación del Partido Comunista (como objeto de estudio) con la historiografía (es decir la disciplina) tiene muchos contrastes. Por una parte, se reconoce el lugar que ha ocupado el PC en la historia de Chile. Lo afirman diversos sectores, de distinta orientación política, aunque en un grado menor para los últimos años. Por adhesión u oposición, o bien por referen-

cia obligada, no se puede postular su irrelevancia en la historia de Chile¹. En términos políticos esto es evidente desde el Frente Popular hasta mediados de los años 80. En el plano social su influencia se extiende por un período más extenso, desde su nacimiento hasta la actualidad. Esta situación se aparta de lo que sucede en otros países donde su papel ha sido más marginal.

No obstante este consenso, son escasos los estudios disciplinarios (desde la historiografía y otras ciencias) sobre el “fenómeno comunista” en Chile. Son más abundantes los testimonios, los relatos históricos, que las reflexiones académicas.

Con diversos énfasis, varios historiadores han tratado a los comunistas en sus investigaciones como parte de una visión global de un período. Específicamente la historiografía sobre los partidos políticos chilenos ofrece una aproximación al PC, en general de limitado alcance. Otro tanto entrega la historiografía electoral². Pero si consideramos los estudios que se refieren propiamente a ese partido y sus militantes, podemos notar la escasez de monografías específicas sobre el PC. Un libro de Hernán Ramírez Necochea, publicado por primera vez en 1965, y un reciente folleto escrito por Ivan Ljubetic, son los aportes que han provenido de sus propias filas. En los años 70 y 80 se sumó un investigador británico, Andrew

¹ No obstante, en el último tiempo se ha planteado una reinterpretación de la historia sindical tradicional, excesivamente centrada en la influencia marxista, y comunista en particular. Un autor en esta línea es Peter De Shazo, *Urban Workers and Labour Unions in Chile. 1902-1927*, Madison, 1982.

² Tómese el caso de Gonzalo Vial, quien se detiene a relatar, con cierto detalle, el mundo que rodeaba a los primeros comunistas chilenos. Vial, *Historia de Chile*, vol. III, págs. 198-203 y 204-207 En la historiografía político institu-

Barnard, con una tesis doctoral (1977) y dos artículos (1981 y 1983), y un académico y militante comunista italiano, Carmelo Furci (1984). Pocos años más tarde aparecieron dos documentos de trabajo de Alfredo Riquelme (1985 y 1986), y en 1988 un libro editado por Augusto Varas, que compila artículos de Jorge Vergara, Alonso Daire, Joaquín Fernandois, Boris Yopo, María Soledad Gómez, Luis Durán y el propio Varas. En los años 90 se escribieron por lo menos dos tesis relativas al PC (1992 y 1995). Finalmente, acaba de aparecer un artículo de Olga Uliánova y Evgenia Fediakova (1998).

Consideración aparte merecen las investigaciones que se refieren a Luis Emilio Recabarren, su trayectoria y la vinculación que tuvo con el partido que ayudó a crear, el POS y luego el PC. En esta línea hay que considerar las compilaciones y reediciones de su obra, tanto folletos como artículos periodísticos. En esta labor han destacado autores como Julio César Jobet (1955), Julio César Jobet, Luis Vitale y Jorge Barría (1965), y, últimamente, Eduardo Devés y Ximena Cruzat (1983).

También existen las biografías políticas, empezando por la de Fernando Alegría (1938), Julio César Jobet (1955), Alejandro Witker (1977) e Iván Ljubetic (1992). Todas ellas, en distintos grados, han ayudado a extender una cierta "mitología" en torno a la figura de Recabarren, que se prolonga hasta la ac-

cional, el aporte a la comprensión del PC ha sido notoriamente menor. Un ejemplo de ello es el texto de Julio Heise, *El período parlamentario. 1861-1925. II Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario (historia del poder electoral)*, Santiago, 1982, págs. 335-343. En el tema más estrictamente electoral se han dado mayores pasos. Véase por ejemplo los textos de Ricardo Cruz Coke, *Geografía electoral de Chile*, Santiago, 1952; e *Historia electoral de Chile*, Santiago, 1984.

tualidad³. A partir de entonces, la tarea de rescatar al “personaje real” se hace tan importante como conocer el proceso de “santificación revolucionaria” de su figura⁴.

Hay estudios que han intentado conocer el aporte de Recabarren a la construcción del pensamiento, la cultura y el proyecto popular. Destacan, en esta perspectiva, los textos de Eduardo Devés (1991), Gabriel Salazar (1992), Miguel Silva (1992), Augusto Varas (1983), Jaime Massardo (1993-1999) y Manuel Loyola (publicado en este volumen)⁵.

Volviendo a los estudios que se refieren más propiamente a la historia del PC, las temáticas predominantes son políticas, esto es, una aproximación a las posiciones que ha adoptado el PC en sus distintas etapas, tanto en los planos nacional como internacional. Ese es el tema central de Furci, Barnard, Riquelme y la compilación de Varas. Ramírez es de los pocos que se refiere tanto a temas políticos como orgánicos. El artículo de Ulianova-Fediakova se sale de las temáticas tradicionales al incursionar en los flujos de recursos económicos que llegaron al PC chileno provenientes de los fondos institucionales que aportó el movimiento comunista internacional. El predominio del ámbito político ha llevado a un casi completo desconocimiento de otras temáticas relevantes que veremos más adelante.

³ Este fenómeno también se ha producido en torno al dirigente Clotario Blest.

⁴ El caso más evidente se observa en el libro de Ljubetic *Don Reca*, Santiago, 1992, quien utiliza de principio a fin el término “Maestro” para referirse a Recabarren.

⁵ Existe un texto de Fanny Simon, escrito en Estados Unidos, titulado Recabarren, que es citado por James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso, Estudio de la cuestión social y del sistema de relaciones industriales de Chile*, Santiago, 1967, pág. 238.

Entre los estudiosos del Partido Comunista se encuentran muy pocos militantes: solamente Ramírez y Ljubetic. Esto parece una paradoja, si consideramos que la interpretación de la historia juega un papel central en la fundamentación estratégica del PC. Sin embargo, este mismo hecho, el carácter potencialmente polémico que tiene el tema, quizás haya alejado a los historiadores comunistas. En la reconstrucción de la historia política del PC se develan sus principales conflictos ideológicos, muchos de ellos parcialmente resueltos. Este abandono temático puede ser entendido como la prudente distancia que han preferido mantener los historiadores comunistas, mucho más proclives a la historia sindical. Hernán Ramírez Necochea, el más cercano profesional que cabe dentro de la noción de historiador institucional del PC, nunca avanzó más allá de los años 30 ⁶.

La ausencia de estudios sistemáticos sobre su propia historia ha restado influencia a la reflexión académica en la (re)formulación interna de sus estrategias. En parte, por el recelo hacia el aporte de los intelectuales. Lo que ha primado es la confianza en una especie de "intuición de clase", que no involucra a toda la militancia, sino sólo a sus cuadros más destacados.

Así, la transmisión de la propia historia tiene pocos elementos de autocrítica, no ha enfatizado los problemas y ha estado mas encaminada a reafirmar la identidad comunista y dar un fundamento a su línea política. La difusión de la cultura y la historia institucional se realiza por medios que combinan la informalidad con la formalidad.

⁶ Ljubetic tiene preparado un texto que espera su publicación.

Lo que más se acerca al relato histórico oficial es el texto escrito por Galo González y publicado bajo el título de *La lucha por la formación del Partido Comunista de Chile* (1951 y 1958). Las interpretaciones que allí aparecen sobre distintos hechos políticos han servido de base para configurar una versión cuasi oficial de la historia del PC⁷. Similar carácter tienen las biografías de Elías Lafertte (*Vida de un comunista*)⁸, Galo González (*Galo González y la construcción del Partido (reportaje)*), de Luis Enrique Délano, y Ricardo Fonseca (*Ricardo Fonseca, combatiente ejemplar*) de Luis Corvalán, no se trata de relatos ajenos al testimonio, pero el componente que las distingue es la mayor carga ideológica que tienen sus juicios sobre determinados temas, siendo además revelador el silencio respecto de otros. Por esa vía se transmite la historia institucional, muchas veces cargada de mitología (como veremos más adelante).

La segunda vertiente que nutre la memoria entre los comunistas es el relato no oficial (oral o escrito). En el caso de los textos escritos, no sólo entregan información valiosa sobre temas controvertidos al interior del PC, sino que transmiten una cierta cultura común. Es el caso de los libros *Chacón* y *La novela de Galvarino y Elena*, basados en largas entrevistas realizadas por José Miguel Varas, y que contienen una chispeante mirada tes-

⁷ Algunas interpretaciones muy difundidas a partir de ese texto son las que se refieren a las desviaciones de izquierda y de derecha durante la Dictadura de Ibáñez; la presencia de la "cizaña" trotskista al interior del PC; el gran avance que significó la Conferencia Nacional de 1933; la autocrítica a las desviaciones que se produjeron con la estrategia del Frente Popular; los errores motivados por las influencias "extrañas" de los agentes masones; la traición de los aventureros (Reinoso), etc.

⁸ Según nos informó José Vega Díaz, el texto de Lafertte no fue redactado directamente por él, sino por un periodista.

timonial, cargada de autocrítica en algunos casos y de gran sensibilidad interior. La novela también ha aportado su cuota de mística a través de textos como *La base*, de Luis Enrique Délano, y *La semilla en la arena* e *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim. Sobre la historia transmitida oralmente no existe, hasta donde conocemos, ningún intento de reconstrucción.

FUENTES PARA LA HISTORIA DEL PC

La abundante prensa comunista es la fuente de información más pública, regular y disponible. La tradición sindical del PC llevó a sus dirigentes a publicar órganos partidarios o de cercana filiación en varias ciudades, desde la etapa más temprana. Incluso en períodos de semi-clandestinidad (como durante el Gobierno de González Videla) logró mantenerlos. Considerando publicaciones afines al PC es posible reconstruir una secuencia casi sin interrupción de periódicos de circulación nacional y local: *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique, 1912-1926), *La Federación Obrera* (Santiago, 1911-1924), *Justicia* (Santiago, 1924-1927 y 1931-1936), *El Despertar del Pueblo* (Iquique, 1931-1934), *Bandera Roja* (Santiago, 1931-1935), *Frente Popular* (de Santiago, 1936-1940; Iquique, 1936-1942; Concepción, 1937-1940), *El Siglo* (Santiago, 1940-1948), *La Oposición* (Santiago, 1948?), *El Pueblo* (Santiago, 1948-1949), *Democracia* (Santiago, 1949-1952), nuevamente *El Siglo* (Santiago, 1952-1973 y 1989 hasta la actualidad). A las publicaciones legales hay que agregar las que se lograron editar en la clandestinidad (como *El Zancudo* y *La Verdad*, hacia 1948, y *El Siglo* durante la Dictadura de Pinochet). Algunos de ellos han sido conservados.

Las diferencias entre las distintas épocas son importan-

tes. El tipo de información que se publicaba hasta 1927 (antes de la bolchevización) era mucho más abierto, lo que permite conocer la vida política interna. El debate de los Congresos de 1925 y 1927, por ejemplo, es posible seguirlo a través de *Justicia*. Por entonces, el control sobre las publicaciones era limitado. Varias discusiones políticas surgieron de las críticas a ciertos artículos que se apartaban bastante de la línea oficial del PC. Sucedió, por ejemplo, con los que escribiera Manuel Hidalgo sobre el problema de Tacna y Arica.

Los folletos políticos, en cambio, han tenido un carácter más oficial, por lo menos a partir de los años 30. Antes de ese año el único autor de textos políticos era Recabarren. En 1932 se da inicio a la publicación de textos que cuentan con la autorización del Partido: el primero que conocemos no tiene autor y se titula *Manuel Hidalgo, colaborador profesional de la burguesía*. Los restantes son obras que llevan como autores a los secretarios generales (Carlos Contreras Labarca, Galo González, Luis Corvalán) y los parlamentarios.

En las revistas es posible encontrar una mayor diversidad. Algunas tienen un carácter más teórico-político, como *Bandera Roja* (hacia 1925, no se conservan ejemplares) y *Principios* (1939-1947 y 1954-1973). Otras tienen un objetivo cultural, entre las que se cuentan *Aurora* (1954-1956 y 1964-1968), *Apuntes* (1971-1973), *Araucaria* (1978-1989), en el exilio, y *Pluma y Pincel*. También hubo revistas de análisis político, como *Qué hubo en la semana* (1939-1940) y *Vistazo* (1952-1965). A estas publicaciones filo comunistas o bien con fuerte influencia de ese partido hay que agregar las que se generaron expresamente para combatirlo. Fue el caso de *Estudios sobre el comunismo* (1953-1965), editado por Sergio Fernández Larraín.

Las biografías y autobiografías de militantes han sido una fuente muy recurrida. El libro de Lafertte, por ejemplo, ha permitido reconstruir toda una época a través de los ojos de un testigo privilegiado. Pero también ilustra las interpretaciones histórico-políticas que se van configurando frente a ciertos temas polémicos. El texto describe hechos controvertidos, como son las expulsiones de algunos militantes (de Hidalgo, Chamudes, Cazón, Ravines, Hernández Parker, etc.), intentando explicar sus motivaciones. En varias ocasiones quedan en evidencia tanto tergiversaciones como sutiles omisiones, lo que le otorga más valor aún a este tipo de fuente. Un carácter similar tiene el libro sobre Fonseca, escrito casi como una hagiografía.

Tomemos el texto de Lafertte para graficar lo anterior. Para fundamentar sus ataques contra Marcos Chamudes, saca a colación su vinculación con Eudocio Ravines y Manuel Cazón, sin señalar que tales relaciones provenían de su carácter de agentes de la Internacional⁹. Respecto de Ravines, Lafertte no menciona su labor —desde principios de 1935— como promotor de la estrategia del Frente Popular. Comienza afirmando que “llegó a Chile por el año 1937, dando a entender que era un enviado de la Internacional Comunista... En menos que canta un gallo comprobamos que esto era completamente falso y le hicimos ver cortésmente que su deber, como comunista peruano, era irse a trabajar por la liberación de su país”. No obstante ello, Ravines se quedó: “en parte por ayudarlo a ganarse la vida, porque se

⁹ Al respecto señala: “Amigos íntimos suyos habían sido dos provocadores que vinieron a Chile y, a causa del carácter acogedor y espontáneo de los chilenos y del sentido fraternal, de internacionalismo proletario de los comunistas, se acomodaron entre nosotros y sembraron su mala semilla en el partido”. Lafertte, *Vida de un comunista*, (páginas autobiográficas), Santiago, 1971, pág. 329.

había casado con una chilena, y en parte por debilidad y por falta de cuadros, le dimos trabajo en publicaciones del Partido". En 1939, a partir del Pacto de no agresión entre la URSS y Alemania, "las publicaciones en que él intervenía tomaron un carácter acentuadamente pro nazi que hubo que cortar de raíz". Sin mencionar las propias declaraciones pro nazis del ministro soviético, Molotov, Lafertte interpreta todo este comportamiento como un claro caso de espionaje alemán. La embajada alemana le pagaba un sueldo: "todas estas villanías las reconoció ante los dirigentes del Partido, pues en el fondo aspiraba a algo en que no se le iba a dar en el gusto: su expulsión"¹⁰.

También el libro de Lafertte aporta a levantar el mito comunista sobre la figura de Manuel Hidalgo. Por una parte le atribuye una desviación "derechista" o reformista, y por otra destaca su vinculación en 1930 con el grupo de Humberto Mendoza, que se hacía llamar trotskista y había adoptado una postura antisoviética. Sus prácticas de delación eran el broche de oro: "intrigaban a unos contra otros, sembraban la desconfianza y, por lo bajo, informaban a la policía. Muchas de las detenciones que se produjeron en ese período se debieron a delaciones del grupo de Hidalgo, que quería en esto despres-

¹⁰ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 330. Luis Corvalán se ha sumado a esta interpretación: "Los más emponzoñados enemigos del comunismo han presentado a Ravines como el ideólogo y artífice del Frente Popular chileno, como el enviado de la Internacional Comunista para lograr aquí la unidad de los Partidos de izquierda. En tal afirmación no hay un ápice de verdad. Cuando Ravines llegó a nuestro país, el Frente Popular ya estaba en formación. El Partido Comunista venía aplicando desde mucho antes la política de Frente Popular, de acuerdo con la realidad nacional". Al parecer Corvalán sólo considera la segunda estadía de Ravines en Chile, después de su viaje a España, cuando efectivamente ya estaba constituido el Frente Popular. Corvalán, *De lo vivido y lo peleado, Memorias*, Santiago 1997, págs. 40-41.

tigiar a la dirección central". Y como si fuera poco, ya en 1921 había dado muestras de su reformismo y personalismo ¹¹.

Estos testimonios, más interesados en entregar una interpretación oficial a ciertos hechos, quedan en evidencia cuando se contrastan con los relatos testimoniales de los militantes disidentes. Generalmente desconocidos y descalificados por su carga anti-comunista, su contenido no deja de ser interesante, ya sea para llegar a conocer algunos aspectos poco abordados (el desencanto, las pugnas personales e ideológicas, etc.) como para contrastar las distintas versiones sobre un mismo acontecimiento. Es el caso de las encendidas memorias de Eudocio Ravines y Marco Chamudes, y el texto más fino y reflexivo de Marta Vergara. También se deben considerar los relatos de militantes comunistas "trotskistas", como Oscar Waiss y Manuel Hidalgo, quienes entregan valiosa información.

Un carácter menos polémico, más libre y sin pretensiones de entrar en disputas políticas tienen los libros basados en entrevistas. Los testimonios de Juan Chacón, Américo Zorrilla, Galvarino Arqueros y Elena González, se encuentran en esta línea. Aunque ha habido esfuerzos por recuperar relatos similares, incluyendo a militantes de nivel intermedio, hasta ahora no ha habido resultados positivos. El intento más serio e interesante de utilizar testimonios orales, pero referido a la izquierda en su conjunto, es el realizado por José del Pozo. A partir de su lectura es posible conocer las experiencias de los militantes y sus percepciones del proceso de la Unidad Popular ¹².

¹¹ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 208, 303-304.

¹² José del Pozo, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la*

Los documentos de archivo son difíciles de encontrar. Entre los que existen dentro del país, los generadas por el propio Partido Comunista no se conservan. Por razones de seguridad fueron destruidos en su mayor parte. Quizás algunos estén en poder de los organismos policiales, ya que en ciertos fondos documentales del Archivo Nacional (Ministerio del Interior y varias Intendencias entre los años 20 y 40) existen documentos internos y publicaciones clandestinas, además de los informes de inteligencia. Es probable que en el Archivo de la Policía de Investigaciones haya un interesante material. En el Archivo Nacional existen algunas cartas de Recabarren, las que se conservan porque estuvieron en poder de particulares. Es posible que en el archivo de Sergio Fernández Larraín, un entusiasta anti-comunista y coleccionista, se encuentre información valiosa.

Los archivos que se conservan en la ex URSS ya están siendo utilizados, tanto para conocer la visión que tenían los soviéticos del PC chileno como para reconstruir la imagen que proyectaban los chilenos a través de sus visitas e informes. Al respecto, están siendo conocidos gran parte de los documentos relativos a Chile que existen en la Internacional Comunista, la Internacional de los Sindicatos Rojos y la Internacional de las Juventudes Comunistas.

En los archivos que existen en los Estados Unidos no se ha avanzado hasta ahora. Sabemos de los valiosos documentos que se conservan en el archivo de Robert J. Alexander, quien

izquierda chilena en la época de la Unidad Popular, Ediciones Documentas, Santiago, 1992.

visitó América Latina en los años 50 y 60 para escribir sobre el comunismo y el movimiento sindical ¹³.

LOS TEMAS DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

1. El debate estratégico

Como ya hemos señalado, el tema político-ideológico es el más recurrente entre los autores que han reconstruido la historia del PC. Esto es congruente con la relevancia que ha tenido este partido en la elaboración de la estrategia política de la izquierda. Pero además es consecuencia de una forma de hacer política muy propia de la izquierda, que aspira desarrollar sus estrategias sobre la base del conocimiento real de las condiciones objetivas y del momento histórico que se vive.

Los temas que definen el debate son ya clásicos (caracterización de la etapa económica que vive el país, las relaciones sociales predominantes, la institucionalidad política, el carácter de la revolución, el sistema de alianzas, etc.). Pero generalmente no se ahonda en el significado de tales categorías, su nivel de coherencia y los estudios se limitan a plantear la mera formulación de las estrategias. Es interesante avanzar en su contrastación con la práctica política¹⁴. Este paso es importante especialmente para entender el accionar de los partidos comunistas, que tanto apego tienen a las formulaciones generales.

¹³ Esta información nos fue proporcionada por Jody Pavilack, quien trabajó en una primera etapa de clasificación de ese valioso material.

¹⁴ Luis Corvalán M. es uno de los pocos que ha introducido esta mirada, como se puede apreciar en el artículo en este volumen.

Esto no es privativo del caso chileno. La estrategia del Frente Unico, por ejemplo, fue aplicada de distinto modo en los partidos europeos. La línea general de esta política se prestaba para varias interpretaciones y bajo su denominación se desarrollaron acciones de distinto signo, desde las más sectarias hasta algunas propuestas de unidad. En el caso chileno, su aplicación llevó a una práctica de casi completo aislamiento respecto de las restantes fuerzas de izquierda¹⁵. Otro ejemplo es la aceptación formal, casi de principios, de la Dictadura del Proletariado o la caracterización del Estado como instrumento de dominación. No obstante estas declaraciones, la práctica política del PC no ha estado cercana a esas líneas políticas. En algunos aspectos su práctica ha recogido una tradición que se remonta a sus orígenes en el Partido Democrático. En otro plano, en la "ética comunista" conviven el relativismo valórico con la aceptación de ciertos principios universales.

La centralidad del tema estratégico ha derivado en la identificación de períodos partidarios donde el elemento central ha sido el contexto nacional y mundial (dejando de lado otros aspectos, como el cambio generacional, la composición social, los liderazgos, etc.). Las distintas etapas no han coincidido entre los autores que se han dedicado a identificarlas. Algunos observan una mayor continuidad mientras otros enfatizan las rupturas.

Para apreciar los diferentes criterios entre los autores, en-

¹⁵ Para el caso chileno ver Andrew Barnard, "El Partido Comunista de Chile y las políticas de Tercer Período (1931-1934)", en *Nueva Historia*, N° 8, abril-dic/1983, págs. 211-250.

sayaremos nuestra propia periodización, la que contrastaremos con oponiones divergentes, cuando existan.

a) 1912-1922

Por mucho tiempo este período fue considerado una suerte de "prehistoria" del PC, en razón de que éste todavía no se proclamaba comunista ni participaba de los organizaciones internacionales. Actualmente la tendencia es a la inversa: en Chile habría existido un PC con anterioridad a la Revolución de Octubre, disputando una de las mayores antigüedades entre los partidos comunistas del Mundo. Ljubetic (1991) ha sido el principal defensor de la continuidad entre el POS y el PC, basándose en la ausencia de cambios estatutarios y programáticos.

En la revaloración del período anterior a 1922 hay un intento político por rescatar algunos de los elementos que estuvieron en su gestación, incluyendo el aporte original de Recabarren. Este planteamiento revierte una tendencia en contrario, que criticó la relativa indefinición ideológica de Recabarren, su insuficiente maduración del leninismo, etc.¹⁶.

b) 1922-1927

Ya es sabido que la adhesión a la III Internacional y el cambio de nombre, en el año 1922, no significó un giro radical en la vida partidaria. Su estilo de trabajo basado en asambleas y su composición exclusivamente obrera se mantuvo. Las trans-

¹⁶ Véase, por ejemplo, el artículo de Carlos Contreras Labarca, "Recabarren, a la luz del marxismo-leninismo", en *Informaciones*, Montevideo, N°1-2, enero-febr./1934, págs. 15-18.

formaciones importantes se empezaron a evidenciar con posterioridad. Sin embargo, en el período que se inaugura ese año se hicieron notar algunos cambios. Ya el nuevo nombre y la adhesión a las 21 condiciones (todavía meramente simbólica) empezaron a crear roces entre los principales dirigentes¹⁷. Por otra parte, la relación del PC con la FOCH sufrió un cambio, al producirse un progresivo distanciamiento de los demócratas e independientes. La incuestionada figura de Recabarren empezó a debilitarse en esta etapa. Según cuenta Lafertte, hacia 1923 el grupo de los denominados “maximalistas” entró en pugna con su liderazgo¹⁸. Esta crisis se profundizó tras su muerte, tanto por la ausencia de una figura con su prestigio como por el nuevo contexto nacional que se habría paso. El surgimiento de nuevas problemáticas tensionaron el debate interno: el reformismo social liderado por sectores liberales, intelectuales y militares; las propuestas de intervención del Estado en materias sociales y los espacios que permitía el parlamentarismo, hicieron difícil el accionar de un partido que todavía buscaba definiciones. Las tensiones internas también pueden entenderse como una reacción previsible ante los primeros esfuerzos por establecer una estructura orgánica más fuerte y centralizada¹⁹.

¹⁷ Por ejemplo, Manuel Hidalgo y Enrique Díaz se opusieron al cambio de nombre, aunque no a la afiliación del POS a la III Internacional. Sagredo, *Crónicas políticas, de Wilfredo Mayorga. Del Cielito Lindo a la Patria Joven*, Santiago 1998, pág. 48

¹⁸ Militaban en él Castor Vilarín, Isabel Díaz, Pablo López y Roberto Pinto. En palabras de Lafertte, “se creían depositarios de toda la sabiduría política del mundo”. Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 190.

¹⁹ Las primeras divisiones y expulsiones (entre 1924 y 1926) fueron generadas, en buena medida, por la resistencia de las organizaciones locales a las directivas centrales. Los sucesos de la Coruña, en 1925, tuvieron un impor-

Abarca todo el período de la Dictadura de Ibáñez (1927-1931) y los gobiernos que le sucedieron, hasta el giro estratégico que llevó a la aplicación de la política del Frente Popular (1935). Aunque la persecución marcó la vida interna, existió una continuidad en las prácticas políticas del PC que permiten prolongar esta etapa hasta esa fecha.

Durante estos años se produjo con fuerza la bolchevización del PC (centralismo, estructura en células) y se dieron los primeros pasos hacia la vinculación orgánica con el movimiento comunista internacional²⁰. La estrategia del "Frente Unico de clase contra clase", o política del Tercer Período, limitó al máximo las posibilidades de desarrollar una política de alianzas. Este aspecto ha sido estudiado en detalle por Barnard (1983). Las relaciones con la Internacional se estrecharon y se hicieron más permanentes. También proliferaron las divisiones internas que fueron zanjadas con relativa rapidez (se escindieron varios grupos: corporativistas y trotskistas), lo que profundizó el aislamiento y el sectarismo, y aseguró una mayor homogeneidad interna. Durante este período el PC tuvo un escaso peso político y el liderazgo al interior de la izquierda no estuvo en sus manos. Sin embargo, logró conso-

tante componente local, así como los hechos ocurridos en Copiapó y Vallenar en diciembre de 1931.

²⁰ Entre 1922 y 1927 existió un mínimo contacto entre el PC chileno y las organizaciones comunistas con sede en Sud América y Moscú. Esto no evitó ciertas influencias indirectas, como el acercamiento entre comunistas y anarquistas promovido a nivel internacional, lo que provocó efectos en Chile. En 1921 el periódico *La Chispa*, de Talcahuano, fue órgano local del POS y de la IWW.

lidarse internamente y sobrevivir en difíciles condiciones.

En la Conferencia Nacional realizada en 1933 se produjo una definición que no tuvo consecuencias en esa época, pero que ha sido considerada un gran avance para la política futura del PC²¹. Se estableció el clásico etapismo que identificaba la necesidad de alcanzar la revolución democrático-burguesa, agraria y antiimperialista, antes que la revolución socialista. Sin embargo este proceso debían llevarlo a cabo los obreros y campesinos.

d) 1935-1945

Este período se caracteriza por la aplicación que se hizo de la estrategia del Frente Popular, lo que puso fin al aislamiento y dio inicio a una etapa de alianzas más amplias. Algunos autores (como Augusto Samaniego, por ejemplo) han identificado una larga etapa que habría comenzado en 1935 y culminado en 1973. Hemos preferido una periodización más estrecha, por las profundas diferencias que se dieron en los años siguientes. La estrategia del Frente Popular se inició en mayo de 1935, fructificó en 1936 y se aplicó, con variantes, hasta la derrota del nazismo en 1945. Por entonces, sin embargo, ya no se contaba en la alianza con la presencia de los socialistas²².

La idea de constituir en Chile un Frente Popular fue introducida desde el exterior por influencia directa de la Internacional Comunista. Esto no impidió que fuera acogida,

²¹ Ljubetic, *Breve historia del Partido Comunista de Chile*, pág. 24.

²² Aunque en 1935 ya existían algunos conglomerados políticos que agrupaban a un sector de la izquierda, no tenían el carácter amplio que adquirió el Frente Popular y carecían del apoyo social que éste construyó.

ganándose las simpatías de muchos sectores, lo que hasta entonces no había ocurrido en la izquierda chilena. En otras palabras, si bien hubo un trasplante un tanto forzado (que llevó a crear un conglomerado anti-fascista que terminó siendo apoyado por el nazismo criollo, después de la matanza del Seguro Obrero), el terreno fue propicio y muy fructífero. La estructura jerarquizada del PC, que se había consolidado en el período anterior, limó todas las resistencias iniciales, propias de un giro que rompía con una larga tradición de sensibilidad anti-burguesa²³.

En todos estos años se buscó establecer una amplia alianza anti-fascista, que desdibujó las fronteras entre los intereses de los sectores populares y el gran capital. El programa de gobierno tenía elementos reformistas (reforma agraria, democratización). Sin embargo, la oposición fundamental se situaba en el plano político (estar o no contra la dictadura fascista) y no en el económico. De hecho, grandes terratenientes se vieron fortalecidos por esta alianza.

Como en ninguna otra etapa, la historia del PC en este período se explica por el contexto internacional. Con todo, el pacto Ruso-Alemania (1939) no provocó el deshucio de la alianza política, aunque sí serios problemas con los socialistas²⁴. La invasión a la Unión Soviética en 1941 tuvo una influencia más

²³ Algunas de estas resistencias aparecen relatadas en Vergara, *Memorias de una mujer irreverente*, Santiago, 1962, pág. 129.

²⁴ Tito Mundt recuerda la simpatía que demostraron los comunistas chilenos hacia Fulgencio Batista, cuando éste visitó Chile en los años 40, durante la presidencia de Juan Antonio Ríos. Por entonces, el militar aparecía como un leal aliado de las potencias anti-fascistas. Tito Mundt, *Las banderas olvidadas, Reportaje a una época apasionante*, Santiago, 1964, pág. 158.

directa, ya que motivó levantar una nueva política, de Unión Nacional, a partir de julio de ese año. Esta estrategia abandonaba el programa democrático-burgués del Frente Popular y lo sustituía por una lucha "patriótica" que debía involucrar a todas las fuerzas que estuvieran contra el fascismo, fueran de derecha o izquierda.

La composición social del PC se modificó sustancialmente a partir de 1936, como veremos más adelante. Muchos intelectuales, profesionales y artistas se integraron a sus filas, atraídos por el discurso anti-fascista. Esto contrastaba con la etapa anterior, cuando eran escasos los ejemplos de intelectuales militantes. Pero las simpatías llegaron más lejos, ya que las ideas comunistas (asimiladas a las de democracia y progreso social) sedujeron a connotadas figuras de la clase alta.

e) 1945-1973:

A partir de 1945 la política del Frente Popular sufrió un cambio importante. Si bien se mantuvo la idea de promover una revolución democrático-burguesa (con un programa democratizador, anti-imperialista y anti-oligárquico), la estrategia era alcanzar el poder con la hegemonía de la clase obrera (se afianza la idea del eje PS-PC), a partir de la lucha social y la vía electoral (vía pacífica o no violenta). Aunque estas ideas matrices se fueron afinando durante el período, es posible observar una continuidad importante en el proceso, que tuvo su sello distintivo a partir de las sucesivas candidaturas de Allende. El contexto internacional fue variado, pero la estrategia se mantuvo. Durante el mayor auge de la Guerra Fría, se descartó la estrategia de promover una Democracia Popular a través de la vía insurreccional. Los sucesos del 2 de abril de 1957 tam-

poco lo alejaron de esta línea. Esto provocó el alejamiento de los pequeños grupos que defendieron distintas variantes de la vía armada: los "reinosistas", el sector que formó el "Movimiento 2 de Abril", y los maoistas. En 1956, por influencia del xx Congreso del PCUS (que planteó la tesis de la coexistencia pacífica), se hizo una formulación más explícita de la vía pacífica hacia el socialismo (x Congreso del PC, abril de 1956).

Electoralmente fue la época de mayor crecimiento. Ni siquiera la proscripción evitó al PC presentar subrepticamente al Congreso sus propios candidatos²⁵.

f) 1973-1980:

En esta etapa se produce el balance de la estrategia de la Unidad Popular y todavía no se aprecia una definición clara de los cambios que se impondrían con posterioridad. Sin duda, en estos años se gesta la Política de Rebelión Popular de Masas, que tiene por base la tesis del vacío histórico. Sin embargo, el PC mantiene por algún tiempo su confianza en establecer una alianza amplia, con participación de todos los sectores antifascistas.

La clandestinidad impone un silencio que todavía espera ser superado para reconstruir la vida partidaria. La actuación pública resultó ser la más notoria y se concentró en la acción sindical de la Coordinadora Nacional Sindical y la defensa de las víctimas de la represión política, tarea emprendi-

²⁵ Algunos tuvieron éxito, como Víctor Galleguillos. Otros fueron denunciados y no fueron ratificados. Fue el caso de Juan Lamatta.

da por las agrupaciones de derechos humanos. Pero en lo interno hay grandes lagunas.

Debido al impacto profundo que produjo la persecución policial, el período parece estar dominado por los esfuerzos de sobrevivencia y no tanto por la discusión ideológica. Esta fue trasladada a la etapa que sigue, cuando el creciente descontento social y la relativa desestabilización del Régimen hicieron surgir esperanzas en una pronta democratización y una "salida avanzada".

g) 1980 hasta hoy

Esta etapa, por la importancia que tuvo en la configuración de la presente situación política, ha estado dominada por un apasionado debate ideológico. En la discusión han participado principalmente sus protagonistas y, quizás por ello, se tiende a mezclar el tema propiamente estratégico con el contexto mundial (político-emocional) de crisis del socialismo real y las restricciones que se produjeron en el debate interno. En el plano estratégico la disputa gira en torno al cambio que involucró la Política de Rebelión Popular de Masas en relación con la línea tradicional del PC (para algunos un quiebre suicida, para otros un necesario giro) y sus proyecciones en el proceso de transición que finalmente se impuso (es decir, la responsabilidad que le cupo o no al PC en el desenlace). En el segundo plano, se avanza hacia un cuestionamiento más general del comunismo en el actual contexto, lo que tiene una fuerte carga emocional de desencanto y desilusión por las utopías. En el tercero, se hacen sentir los efectos de la imposición de la disciplina partidaria, en un contexto de crisis que estrecha aún más los espacios de discusión.

Todo este período admite varias sub-divisiones. De 1980 a 1986 predominó un ambiente de movilización popular y protagonismo del PC. En esa etapa la vida partidaria estuvo cruzada por las resistencias internas (acusaciones de voluntarismo, preeminencia de lo militar sobre lo político) y los diferentes matices que admitía el giro estratégico (la Sublevación Popular como culminación), así como por el sentimiento de "responsabilidad" en la conducción del proceso.

A partir de 1986 se observa un rápido cambio hacia un escenario de negociación y acuerdos cupulares, que culmina en 1988/1989. Durante esos años el PC se resiste a él: intenta reimpulsar la movilización social (el paro de julio de 1986 fue uno de sus mayores esfuerzos en ese sentido) y controlar su situación interna, fracasando en ambos propósitos. La movilización decae y se quiebra el FPMR.

Hacia 1988, una vez consumado el fracaso en la línea estratégica, se produce un intento de acomodo al nuevo escenario político a través de la participación en el plebiscito y el apoyo a la candidatura de Aylwin. En el ámbito interno se cierra filas y se impone la disciplina. Esto se evidencia en todo el contexto que rodeó la organización del XV Congreso (mayo de 1989), así como la etapa posterior. La expulsión de gran parte de los dirigentes de las Juventudes Comunistas y el surgimiento de la Asamblea de Renovación de los Comunistas (ARCO) (a principios de 1990) fueron dos hechos que hicieron pública la crisis interna.

2. El PC de Chile y el comunismo internacional

La relación de los comunistas chilenos con el comunismo internacional siempre estuvo condicionada por la adhe-

sión común a una causa mundial y por la autonomía que nacía de la propia experiencia. La presencia en Chile de dirigentes de la Internacional no condujo a su fatal protagonismo, lo que se observó en países como Argentina.

La visión predominante, hasta hace algunas décadas, era la de una idílica relación. Así lo relata Lafertte: "La ic era una oficina que hizo mucho bien a todos los partidos comunistas y especialmente a los partidos nuevos, jóvenes, incipientes, como era el chileno". "La Internacional nos daba la experiencia de todo el movimiento obrero mundial". "(...) la ic no mandaba inspectores, sino camaradas, amigos". Pero la propia experiencia chilena lo obligaba reconocer los conflictos que se produjeron. Continúa Lafertte: "Sin embargo, creo que hubo algunos que hicieron más daño que bien, por su carácter prepotente o porque llevaban la línea de un modo dogmático, influenciando así a los militantes de partidos débiles, en forma negativa" ²⁶.

Los testimonios de Marta Vergara y Volodia Teitelboim nos han permitido conocer algunos de los roces personales que se produjeron con estos agentes internacionales. La dirección del periódico Frente Popular fue uno de los objetos de disputa: Roberto Landaeta, el director nominal, se resistió a ceder su puesto a Eudocio Ravines, quien actuaba como tal en los hechos²⁷.

Estos conflictos, sin embargo, no parecen haber ensombrecido la imagen que los comunistas chilenos (y otros

²⁶ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 185 y 187-188.

²⁷ Vergara, *Memorias*, págs. 128 y 166. Volodia, *Un muchacho del Siglo XX*, Santiago, 1997, pág. 336.

sectores de la izquierda) tenían de la "Patria Socialista". El lazo no era únicamente político-ideológico, tenía un fuerte componente emocional. Lafertte, invitado por primera vez a visitarla en 1931, señala: "Es difícil para mí expresar lo que sentí entonces, hacer comprender lo que para un comunista significa visitar la Unión Soviética. Yo no sé si tiene igual alegría un católico a quien se invita a Roma o un árabe que marcha hacia la Ciudad Santa donde se guardan los restos de Mahoma. En el caso nuestro no hay espejismos religiosos, pero indudablemente existen fe, confianza y cariño que se fundan en la razón, hacia el primer país donde se ha construido el socialismo". (...) "Creo que el de esa invitación fue uno de los momentos más felices de mi vida"²⁸.

El estudio de la relación del PC chileno con el movimiento comunista internacional debe considerar los distintos momentos que ha vivido. En la primera etapa, hasta 1927, la adhesión fue más bien nominal y simbólica que orgánica. Entre 1927 y los años 50, la relación se institucionalizó y estrechó, pero el contacto directo era irregular por las dificultades de comunicación. Los viajes periódicos de militantes comunistas a los países socialistas y el apoyo financiero se consolidaron a partir de los años 50. En este período la vinculación con el comunismo internacional no se limitó al PC, y se abrió hacia otros sectores de la izquierda. La instalación de la dirección política del PC en varios países de Europa Oriental, tras la caída de la Unidad Popular, fue ilustrativa del fuerte sentimiento de pertenencia. Esta larga relación culminó con el derrumbe del comunismo en los países del Este.

²⁸ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 236-237.

Pero más allá de estos cambios a lo largo del tiempo, el carácter de la relación puede ser interpretado de distinto modo. Algunos la ven como una adhesión cuasi-religiosa (por tanto, emocional) a una creencia. Otros, como una estrategia política que logra garantizar la autonomía interna del PC, a cambio de una lealtad incondicional en el plano internacional²⁹. Marta Vergara destaca muchas muestras de sumisión, en los años 30, pero “no por cálculo”. En ese sentido la entiende como una adhesión honesta, pero muy ingenua y ciega frente a las críticas³⁰. Otra mirada observa la coexistencia de una lealtad pública, con ciertas reservas privadas.

a) dependencia o autonomía ideológica

En términos generales hay dos posturas frente al grado de dependencia del PC en el plano internacional. Para algunos, los enemigos declarados, el PC es un simple peón de las políticas dictadas por Moscú. Para la mayoría de los estudiosos, en cambio, las líneas estratégicas han tenido un mayor cuota de gestación interna. Incluso en algunos casos han sido aplicadas antes que la comunidad comunista internacional le hubiera dado su aval ideológico. Sin embargo, esta “autonomía creadora” coexiste con una fuerte dependencia en términos formales. Por ejemplo, las resoluciones sobre la coexistencia pacífica que se formularon en el XX Congreso del PCUS (1956) fueron rápidamente acogidas en el Congreso del PC chileno, ese mismo año³¹.

²⁹ Ver al respecto Carmelo Furci, *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, London, 1984.

³⁰ Esta autora da ejemplos de su propia resistencia a cuestionar ciertas situaciones que sucedían en la Unión Soviética. Vergara, *Memorias*, págs. 120-121.

³¹ Alonso Daire, “La política del Partido Comunista desde la Post-Guerra a

La excepción más clara parece ser la implantación de la política del Frente Popular. Casi todos los antecedentes disponibles indican que fue importada por el PC chileno, sin que existiera una idea previamente elaborada en ese sentido. La tradición ha seguido considerando importantes los factores internos (desde el clima unitario por la política represiva de Alessandri hasta la política del Frente Unico y las resoluciones de la Conferencia de 1933). No obstante, tenemos la impresión de que el giro sólo fue posible por la acción desplegada por los enviados de la Internacional.

b) solidaridad o lealtad política

La solidaridad que mantuvo (y en alguna medida sigue teniendo) el PC con los países socialistas nació de la adhesión a principios comunes. En Chile tempranamente el PC se sintió parte de un movimiento mundial. No sólo necesitaba situarse en una relación de hermandad con organizaciones políticas que compartían sus ideas. También se sintió cercano al país que parecía encarnar su proyecto. Sobre este aspecto se ha hecho caudal de información, no sólo para efectos de la historia del PC chileno, sino de todo el mundo.

La solidaridad pronto se transformó en la admiración y devoción a un mito, con ausencia de toda capacidad crítica. Incluso quienes llegaron a conocer los países socialistas anularon su capacidad de observación. El respaldo incondicional al campo socialista se hizo más evidente en momentos de crisis.

la Unidad Popular", en A. Varas, *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, Santiago, 1988.

Según Corvalán, se produjo una “adhesión sin reservas” que se tradujo en un respaldo invariable a la Unión Soviética, por momentos en una forma “irreflexiva” y “mecánica”³². Los instantes decisivos fueron el pacto Germano-Soviético (1939-1941) y las invasiones a Hungría (1956), Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979). La capacidad del PC para establecer una reflexión profunda sobre esos hechos fue limitada por la necesidad política de tomar posiciones frente a EEUU. Finalmente lo que primó fue el silencio, la solidaridad y la confianza en la buena intención de las medidas adoptadas en ciertos momentos.

El pacto soviético-alemán, en 1939, provocó un fuerte remezón en el Partido Comunista. Todo el discurso anti-nazi se vino abajo con las declaraciones de Molotov, quien justificó el acuerdo de no-agresión señalando que no existía incompatibilidad entre el comunismo y el nazismo. La invasión a Finlandia, en 1940, fue otro acto incomprensible ante los ojos de la razón, pero también terminó siendo aceptado. Se confiaba en que alguna desconocida causa debía explicar el proceder de la Unión Soviética³³. Pero si bien a nivel internacional no podía cuestionarse a la Unión Soviética, cuestión distinta era que dentro de Chile alguien (por ejemplo, Eudocio Ravines) mostrara inclinaciones pro-nazis³⁴.

³² Corvalán, *El derrumbe del poder soviético*, Santiago, 1993, págs. 101-111.

³³ Volodia Teitelboim recuerda así esos momentos: “No olvido discusiones a gritos hasta entrada la noche buscando una justificación coherente”. “Para los comunistas fue un desastre moral. Y la moral nos interesaba demasiado”. “Tengo en la memoria las amanecidas tratando de explicar lo sucedido a amigos no comunistas, estupefactos e indignados”. Teitelboim, *Un hombre de edad media*, págs. 73-75.

³⁴ Vergara, *Memorias*, págs. 162-163. Teitelboim presenció con desagrado la

A raíz de la Conferencia de San Francisco, en 1945, se volvió a observar este alineamiento en el plano internacional. De regreso a Chile y ante el asombro de sus compañeros, el propio secretario general, Carlos Contreras Labarca, tuvo que reconocer su "falta" al no solidarizar con la delegación soviética ³⁵.

Esta actitud generalizada tuvo excepciones. En ciertas ocasiones, y Luis Corvalán se encarga de recordarlo, los comunistas chilenos mostraron una mayor independencia. Por ejemplo, en torno al debate sobre el papel de la estética en la construcción del socialismo ³⁶.

La incondicionalidad hacia los países socialistas todavía se expresa en el lenguaje de lealtad y solidaridad que se utiliza para referirse a Cuba. En menor medida, y sin un conocimiento real de su situación, se ha adoptado un discurso fraternal hacia China, Vietnam y Corea del Norte.

La vivencia del exilio hizo más compleja esta tradicional lealtad con el bloque socialista. La estadía allí de muchos comunistas produjo un sentimiento de especial gratitud hacia esos países. Adicionalmente, la experiencia como brigadistas internacionales en Nicaragua y El Salvador marcó la práctica política de muchos militantes.

conversación amigable que sostuvieron Ravines y un representante (nazi) de una agencia alemana de noticias. Teitelboim, *Un hombre de edad media*, pág. 76.

³⁵ Teitelboim, *Un hombre de edad media*, págs. 179-180

³⁶ Corvalán, *El derrumbe del poder soviético*, págs. 102-103

c) el oro de Moscú:

La capacidad financiera del Partido Comunista, probablemente a partir de los años 40, ha sido una característica que lo ha distinguido de otros partidos de izquierda. Un autor lo hacía notar en los años 60: de todos los integrantes del FRAP era "el mejor dotado de fondos". Las fuentes eran variadas: cuotas de militantes, actividades especiales de recaudación, venta de publicaciones, contribución de "simpatizantes adinerados" e ingresos provenientes de algunos "negocios"³⁷. Esto se complementó con un eficiente manejo de los dineros, lo que permitió mantener una estructura de funcionarios con dedicación exclusiva, de lo que carecían otras organizaciones partidarias.

Frente a las sospechas de apoyo externo, Lafertte respondía en 1957: "se ha hablado mucho del 'oro de Moscú'. Esto, para los que fingían creer en ello, consistía en enormes sumas de dinero que la IC mandaba a los partidos para preparar la revolución. Pues bien, nunca nuestro Partido ha tenido un centavo que no fuera aportado por el pueblo, por sus militantes o sus amigos"³⁸.

Esta negación radical al apoyo externo se ha desplomado con recientes investigaciones. Quizás las palabras de Lafertte se expliquen por el momento en que las pronunció: recién en los años 50 se comenzó a institucionalizar el aporte internacional. Pero, de cualquier modo, el tema siempre fue mantenido

³⁷ Federico Gil menciona el caso de una próspera empresa importadora, y otra de transporte, además de talleres de imprenta. Gil, *El sistema político de Chile*, Santiago, 1969, págs. 302-303.

³⁸ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 185.

en reserva. Quienes sabían de tales flujos de dinero prefirieron no hacer pública esta manifestación de la “solidaridad internacional”. Al parecer, era más relevante dejar claramente establecida la autonomía financiera. Aunque, a decir verdad, el propio Lafertte deja entrever el apoyo recibido desde el exterior. Menciona un viaje del argentino Victorio Codovilla durante la Dictadura de Ibáñez, “trayendo ayuda en dinero para los presos políticos”³⁹.

Tradicionalmente el “Oro de Moscú” no pasaba de ser un tema propio de la guerrilla política, es decir, una frase que pretendía probar la dependencia material de los comunistas chilenos. Los aludidos, por tanto, negaban la existencia de apoyo en dinero. A lo más se sabía la existencia de aportes en maquinaria de imprenta en calidad de donación. Había un cierto orgullo en asegurar la autonomía financiera.

Sólo con ocasión de la publicación de las memorias de Corvalán se entregaron algunas pistas sobre el apoyo monetario que el PC había recibido de los países socialistas. De su testimonio se puede conjeturar que tal contribución en dinero no era mal vista en la izquierda. Sólo así se explica el hecho que el mismo Corvalán relata: ante la negativa de apoyo de los soviéticos a la campaña de Allende, el PC chileno se vio obligado a entregar una abultada suma, haciéndola pasar como aporte del PCUS. Adoptar otra actitud era impresentable ante los aliados⁴⁰.

Recién el artículo de Ulianova y Fediakova vino a dejar las cosas en su real dimensión, aunque sin poder contrastar to-

³⁹ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 210.

⁴⁰ Ver Corvalán, *De lo vivido y lo peleado*, pág. 108.

davía su información con la interna. Su principal hallazgo fue confirmar la existencia de montos regulares recibidos por el PC a partir de los años 50. Esto, al parecer, habría permitido mantener una estructura de gastos estable, como la publicación de un diario. El destino de los dineros, de cualquier modo, no se conoce en detalle. Si se considera el caso de partidos comunistas europeos que recibían montos superiores, aún siendo críticos a la política internacional de la URSS, se puede concluir que estos dineros no se supeditaban a una cierta lealtad ⁴¹.

3. Las prácticas políticas internas

A diferencia de los estudios sobre las estrategias políticas del PC, no existen investigaciones que se hayan acercado a comprender sus prácticas internas como colectividad. No obstante este vacío, algunas ideas que presentamos a continuación pueden orientar el debate y sugerir líneas de reflexión.

a) Las prácticas electorales

Respecto de la evolución electoral del Partido Comunista y su distribución espacial, este es un tema que ha sido medianamente estudiado (Cruz Coke, Germán Urzúa, Durán). En esos textos se ha dado énfasis a los resultados, especialmente en términos relativos, destacándose los momentos de alza (1947, 1971, 1973) y de baja (1960, 1989). También se han identificado las zonas de mayor concentración del voto comunista (lo que puede rastrearse tanto a nivel provincial como comunal).

⁴¹ Véase el artículo de Ulianova y Fediakova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", en *Estudios Públicos*, N° 72, primavera/1998, págs. 113-148.

Sin embargo, no se han ofrecido explicaciones a determinados fenómenos, como el desfase relativo entre la influencia electoral y la social. Tampoco se ha reparado en la concentración geográfica del voto. La ausencia de estos temas se debe al carácter de estas investigaciones, que no están especializadas en el PC.

Un elemento central, por ejemplo, es identificar la peculiaridad que ha tenido la práctica electoral comunista. Los focos de sindicalización fueron relevantes como mecanismos de politización. Así se explica la alta proporción de votos en las comunas de San Pedro (Central Rapel), Antuco (Central Antuco) y La Calera (Cemento El Melón). También es importante destacar la violencia que se aplicó en algunas zonas de clara hegemonía comunista. Allí era difícil lograr alguna posibilidad de penetración a otras tendencias (en las minas de carbón). La migración laboral de los cesantes del salitre, en los años 30, es otro factor a considerar en la influencia electoral comunista en la provincia de Atacama.

La lucha electoral siempre ha ocupado un lugar relevante en el PC de Chile. Ni en los momentos de mayor sectarismo (cuando se aplicó la línea más ultra-izquierdista) ni de persecución (durante C.Ibáñez y González Videla) se abandonó el interés por participar en las contiendas electorales parlamentarias⁴². Esta práctica le ha dado buenos resultados, pero también ha sido objeto de críticas.

⁴² En 1930 se presentó la candidatura de Contreras Labarca en Valparaíso. En las elecciones de 1950 fueron varios los dirigentes comunistas que aparecieron encubiertos en candidaturas de otros partidos, como el Socialista y el Partido del Trabajo.

Las acusaciones de "electoralismo" no han estado ausentes al interior del PC. Lafertte, para enrostrar las desviaciones reformistas de Hidalgo, afirmaba que "se le tildaba de socialdemócrata, aficionado a los enjuagues y las combinaciones electoreras con la burguesía"⁴³. No considera que del mismo modo se calificaba a Recabarren, o que a partir del Frente Popular las alianzas electorales del PC incluían a candidatos terratenientes. Es más, refiriéndose al apoyo que dio Alessandri a Juan Antonio Ríos y sus palabras laudatorias hacia Recabarren ("yo quería tanto a Recabarren"), Lafertte reflexiona: "En política estas cosas suelen ocurrir de vez en cuando y no hay más que apretar las mandíbulas y, si es posible, sonreír"⁴⁴. El pragmatismo del PC siempre se ha movido entre la condena y la aceptación.

b) Disidencias y divisiones:

El PC chileno se diferencia de otros partidos comunistas por la relativa ausencia de divisiones que hayan derivado en múltiples estructuras orgánicas con el mismo nombre. Esto no significa que no se hayan producido crisis internas, incluyendo la separación de grupos de militantes. Pero ninguna de ellas ha derivado en un quiebre.

Veamos algunos de esos momentos: en 1924 un grupo rebelde se levantó contra la dirección encabezada por Recabarren y lo desplazó del Comité Ejecutivo Nacional. En 1926 dos grupos, uno en Santiago (que editó el periodico *Rebe-*

⁴³ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 186.

⁴⁴ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 326-327.

lión) y otro en Valdivia, protestaron contra los mecanismos disciplinarios, lo que produjo la intervención directa del PC. Algunos de estos sectores prolongaron su acción y en 1927 constituyeron la Vanguardia Nacionalista de Obreros y Empleados, de tendencia pro-ibañista y corporativista⁴⁵. A la partida de algunos parlamentarios, que se incorporaron a la Vanguardia, se sumó la creación de la Unión Cívica Laborista en 1930, hacia donde partió el diputado Sepúlveda Leal y algunos grupos sindicales de Valparaíso y Viña del Mar⁴⁶. El corporativismo dominante atrajo a estos militantes, lo que impidió que se autodefinieran como comunistas.

Algo distinto sucedió con la división producida en 1929/1930, por diferencias estratégicas (carácter de las alianzas contra la Dictadura de Ibáñez) y de disputa frente al reconocimiento internacional. A la caída de Ibáñez, esto significó la existencia de dos PC, por primera y única vez en su historia.

A partir de 1931 (y hasta 1934), se sumaron sucesivas deserciones y expulsiones de grupos que tenían una motivación más claramente ideológica (en el PC y la FJC), y que se identificaban con el trotskismo (aunque no exclusivamente). Un grupo provenía de las pugnas que se produjeron durante la Dictadura y tenía una importante base sindical (Roberto Salinas, Pablo López); otro más joven se sumó con posterioridad y estaba integrado por universitarios (Tomás Chadwick, Oscar Waiss).

⁴⁵ Rojas, *La dictadura de Ibáñez*, págs. 110-112.

⁴⁶ Rojas, *La dictadura de Ibáñez*, págs. 112-117.

Durante algún tiempo, coexistieron “dos PC”. En agosto de 1931, el periódico de los disidentes –*La Chispa*– se esmeraba por ser reconocido como la “Sección chilena de la III Internacional”, incluyendo artículos en favor de Stalin. Esto demuestra que por entonces el trotskismo aún no era predominante en este sector. Pero pronto lo fue. El PC liderado por Manuel Hidalgo y Humberto Mendoza (el verdadero ideólogo) se transformó, en 1933, en la Izquierda Comunista, adherida a la IV Internacional. A partir de entonces su estrategia se orientó hacia el recién constituido Partido Socialista. En 1936 se integró a él, provocando la resistencia de algunos militantes liderados por Enrique y Arturo Sepúlveda, del Grupo Bolchevique-Leninista, quienes formaron, en 1938, el Partido Obrero Revolucionario (POR) ⁴⁷.

Más tarde, en 1951, se produce la expulsión de otro grupo disidente, integrado por Luis Reinoso, Benjamín Cares, Daniel Palma, Marcial Espinoza, Jorge Jamett, Hermosilla, Albornoz, Icaza y Guerra, entre otros. Varios de ellos formaron el Movimiento de Resistencia Antiimperialista (MRA). Con posterioridad algunos de sus militantes se sumaron a las iniciativas de mediados de los años 60 que llevaron a la creación del MIR (fue el caso de Martín Salas)⁴⁸.

A raíz de los sucesos callejeros de abril de 1957, un gru-

⁴⁷ Vitale, *De Martí a Chiapas*, págs. 111-113 y 122.

⁴⁸ La expulsión fue ratificada en la XI Conferencia Nacional del PC, en septiembre de 1952. Gómez, “Factores nacionales”, pág 130; Vitale señala que la expulsión se realizó en 1950. Vitale, *De Martí a Chiapas*, págs. 91 y 201; González, *La lucha por la formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, 1958, págs. 12-13.

po disidente de las Juventudes Comunistas se constituyó con el nombre de Movimiento 2 de Abril. Algunos de los integrantes de esta organización (como Gonzalo Toro, Federico García y Alfonso Guerra) se sumaron a las coordinadoras que llevaron a la constitución del MIR ⁴⁹.

La influencia del maoismo (agudizada a partir de la pugna chino-soviética) y el fracaso electoral de 1964 provocaron, hacia los años 1963 y 1964, la separación de dos grupos que se transformaron en Unión Rebelde Comunista y Espartaco. El segundo era encabezado por el senador comunista Jaime Barros, expulsado a fines de 1964. En febrero de 1966 ambas colectividades se fusionaron para dar nacimiento al Partido Comunista Revolucionario (PCR), dirigido por Jorge Palacios y Daniel Benquis ⁵⁰.

Después de la división de los años 30 (vinculada principalmente al trotskismo), ninguno de los sectores disidencias que hemos citado se transformó en un verdadera amenaza para la existencia y el liderazgo político del PC. Incluso se puede afirmar que fue precisamente la profundidad de la división de los años 30 lo que evitó posteriores pugnas internas. La homogeneidad interna quedó asegurada a partir de entonces, y las crisis fueron superadas con relativa rapidez. Ni siquiera la disensión interna que llevó a la expulsión de importantes encargados internos en 1950 (incluyendo al secretario de organización) provocó la salida de un grupo relevante de militantes.

Si se pudiera hacer una comparación, solo el quiebre de

⁴⁹ Vitale, *De Martí a Chiapas*, pág. 201.

⁵⁰ Daire, "La política del Partido Comunista", pág. 201. Vitale, *De Martí a Chiapas*, pág. 222-223.

los años 1989 y 1990 tuvo las dimensiones del que se produjo en los años 30.

c) Vida clandestina

El PC chileno ha tenido una vida política que ha combinado la acción pública con la clandestina. Desde la Dictadura de Ibáñez hasta el ascenso de Pedro Aguirre Cerda, vivió en la marginalidad, enfrentado a grandes carencias y moviéndose en las penumbras para eludir la persecución policial. Recién en 1937, según recuerda Marta Vergara, los comunistas salieron de "sus cuevas" e instalaron locales con mínimas comodidades ⁵¹. Durante algunos años del gobierno de González Videla se volvieron a imponer las prácticas propias de la ilegalidad, aunque se conservaron algunos espacios de presencia pública.

A partir de 1951, aproximadamente, el PC volvió a publicar periódicos y participar en organizaciones sindicales con relativa libertad. La persecución no estuvo del todo ausente, a través de órdenes de detención y relegación, el empastelamiento de imprentas, los seguimientos personales y la infiltración. Sin embargo, desde esos años la vida partidaria comenzó a desarrollarse dentro de los márgenes de la actividad pública.

Cuando se produjo el golpe del 73, más que la experiencia clandestina, lo decisivo para la sobrevivencia del PC fue su estructura en células. La práctica política del PC no estaban adaptadas a la actividad conspirativa. Cuando se abrieron los primeros espacios de libertad, la estructura partidaria hizo uso de

⁵¹ Vergara, *Memorias*, pág. 151.

las herramientas que surgieron. Las vocerías políticas fue una de ellas, una invención producto de los años 80, que suplió en parte el contacto del PC con el mundo público. Según lo han relatado quienes asumieron esa función (sin cargos directivos, sino portavoces "oficiosos"), los mecanismos de transmisión de la línea política oficial se debieron adaptar a esa nueva modalidad, que se alejaba de los conductos regulares ⁵².

d) Gestación, difusión y aplicación de la línea política

¿Cómo las estrategias políticas se abren camino al interior del Partido Comunista? ¿Son acaso el resultado de un análisis de las "condiciones objetivas", de una crítica abierta a las limitaciones de la línea política en aplicación? Todos los indicios hacen pensar que no. El proceso es más complejo, propio de un partido que otorga mucha importancia a la unidad interna.

Como la información disponible es escasa, nos limitaremos a mostrar algunos casos de gestación y difusión de las estrategias política en el PC.

Aunque algunos hayan intentado destacar factores endógenos en el surgimiento del Frente Popular, lo cierto es que esta estrategia política llegó a través de delegados de la Internacional Comunista a principios de 1935 ⁵³. Esto se pro-

⁵² Al respecto, ver el texto de Isabel Bórquez, 1983-1988 *Vocerías comunistas ¿fuentes legítimas de información?*, UC, tesis comunicación social, 1992.

⁵³ Por ejemplo, Elías Lafertte destaca el papel decisivo del VII Congreso de la Internacional y la participación en él de Carlos Contreras Labarca. Sin embargo, todo indica que al regreso de Contreras la nueva estrategia ya estaba en aplicación. Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 300-301.

dujo con anterioridad al discurso oficial de Jorge Dimitrov, en agosto de ese año, en la sesión solemne del VII Congreso de la Internacional. Esto lo relata Eudocio Ravines en su libro, pero se puede confirmar a través de la lectura del periódico *Justicia*. Este órgano oficial de la Federación Obrera de Chile experimenta un giro muy notorio en su línea editorial a partir de mayo de 1935. En esa fecha reproduce una extensa declaración de la FOCH en la cual llama a la unidad contra el fascismo, llegando a ofrecer la disolución de la federación ⁵⁴.

La asimilación a la nueva política requirió un cambio profundo en la sensibilidad de los militantes. La figura de Pedro Aguirre Cerda todavía era recordada por sus vinculaciones con la matanza de San Gregorio (1921), cuando era Ministro del Interior. Tan importante fue ese cambio que la memoria colectiva terminó olvidando ese hecho. También la práctica política cotidiana se fue modificando: los himnos revolucionarios fueron reemplazados por la Canción Nacional, los emblemas rojos por la bandera nacional, etc. Aunque Ravines no oculta su desprecio al relatar estos hechos, atribuyendo a la acción un puro cálculo político, la información parece ser verídica⁵⁵. La línea política "bajó", fue asimilada por los niveles directivos y posteriormente se difundió a la militancia. Quizás haya sido esta misma ausencia de reflexión propia, de lenta maduración, lo que llevó al poco tiempo a exagerar el compromiso con los aliados (que incluía a radicales de derecha) y atenuar las demandas sociales.

⁵⁴ *Justicia*, Santiago, 1ra. sem./mayo/1935.

⁵⁵ Ravines, *La gran estafa*, págs. 311-342.

e) Lealtad, traición y mecanismos disciplinarios

Tanto la sensibilidad que despierta esta temática como la dificultad para rastrear muchas de sus aristas hacen difícil desarrollarla. Sobre todo en un partido como el PC, con quien sus militantes establecen lazos estrechos que tensionan más aún el momento de la separación.

Esto se produce tanto en las crisis internas, protagonizadas por grupos de militantes con alguna afinidad, como las expulsiones o separaciones aisladas. Las primeras provocan una respuesta institucional, para evitar una escisión más profunda. Pero los casos individuales tienen una carga traumática importante.

La adhesión a ideales comunes y a una comunidad de valores y experiencias provoca una natural lealtad interna. Al momento de romperse conduce casi invariablemente a la noción de traición, ya sea como mecanismo de protección o de auténtico resentimiento frente a la separación.

A diferencia de las divisiones o quiebres internos, generalmente originadas por la existencia de diferencias ideológicas importantes, las expulsiones y separaciones voluntarias suelen tener múltiples razones. Algunas son ideológicas, pero una buena parte tiene un origen confuso: la atribución de comportamientos reñidos con la moral comunista (delación, vida disipada, etc.), una actuación contraria a la disciplina interna o diferencias ideológicas de fondo. En el caso de las separaciones voluntarias, pueden primar razones políticas o una decisión de conciencia.

Los ejemplos más claros de expulsión fueron los de José Santos Córdova, Roberto Salinas, Juan Briones y Carlos Alberto Sepúlveda (quienes conformaron la Vanguardia Nacionalista), Abraham Quevedo, Ramón Sepúlveda Leal y Pedro Reyes (fundadores de la Unión Cívica Laborista); todos ellos fueron cercanos a la Dictadura de Ibáñez. Un caso distinto fue el de Manuel Hidalgo, separado en 1930 y acusado en 1931 de apoyar a Ibáñez (aunque esto no parece efectivo) y de «colaborador profesional de la burguesía» (por su intención de establecer una alianza amplia contra esa Dictadura). Otra bullada expulsión fue la de Luis Hernández Parker, por delatar a sus compañeros en 1935, siendo secretario general de las Juventudes Comunistas, y no dar cuenta de ello. Poco después, en 1940, Marcos Chamudes fue acusado de relajamiento moral y vida fácil y expulsado. Una razón más ideológica estuvo detrás de la salida de Eudocio Ravines: sus inclinaciones pro-nazis a partir de la firma del Pacto Molotov-Ribbentrop fueron demasiado evidentes.

Las expulsiones tuvieron un carácter distinto en los diferentes etapas que vivió el PC. Cuando los mecanismos disciplinarios eran muy laxos (hasta 1927), no tenían gran consecuencia. Varias figuras connotadas fueron expulsadas, suspendidas o severamente amonestadas, y volvían después de algunos meses sin mayores consecuencias. Elías Lafertte cuenta de su expulsión del POS en 1919 y su reintegro al PC en 1927. Salvador Barra Woll fue expulsado alrededor de 1915. En el Congreso de 1927 casi toda la plana mayor fue amonestada⁵⁶.

A partir de los años 30, una vez asentadas las estructu-

⁵⁶Vial, Historia de Chile, Vol. III, pág. 200.

ras disciplinarias, las expulsiones se transformaron en actos más complejos. Se suponía que era una medida extrema, que involucraba razones profundas (la "traición"). Por ello, el proceso de alejamiento del militante no era pensado como un acto formal y estrictamente reglamentario, sino que llevaba implícito un rompimiento de los lazos personales. Esto no siempre se produjo, pero era el procedimiento socialmente aceptado. A esto se sumó (a veces con mucha desproporción respecto del carácter de la separación) la descalificación oficial del expulsado. Fue el caso de Chamudes, notificado de su expulsión en un acto en el Teatro Caupolicán.

Según Chamudes, la expulsión no lo llevó a enemistarse inmediatamente con el PC. Fue la propia reacción del PC en los años siguientes lo que profundizó la brecha, al acusársele de soplón, ladrón y agente de EEUU. Esto influyó en la progresiva definición antimarxista de Chamudes, militando en el Partido Radical y luego acercándose a Jorge Alessandri y los grupos anti-comunistas. Así se dio inicio a la leyenda negra de Chamudes, tejida en un comienzo sobre la base de dudosos antecedentes. Su caso es una buena muestra del peso que tuvieron las estructuras partidarias para "fabricar" un enemigo. Las razones que dieron origen a su expulsión, probablemente personales, pasaron a segundo plano una vez que surgieron diferencias ideológicas.

Lafertte entrega una versión benigna sobre el fenómeno de su expulsión: "Hay partidos comunistas donde la grave sanción de la expulsión es usada con mucha frecuencia. El Partido Comunista chileno es muy parco en esta clase de castigos y jamás expulsa a uno de sus hombres sin agotar todos los medios para no perderlo: las conversaciones, los consejos, las

amonestaciones. Con Chamudes todo fue inútil y su historial de mal comunista fue acumulando mayores y mayores calamidades" (...) "Su moral se relajó, sus contactos, en la Cámara y en los círculos políticos con personeros de la burguesía, lo ganaron para la vida fácil" ⁵⁷.

Para Marta Vergara, la situación fue muy distinta. El PC utilizó toda la capacidad de trabajo de Chamudes, le delegó responsabilidades financieras que no debió tener y una vez que la situación se hizo insostenible, lo dejó solo y lo expulsó de una forma vejatoria ⁵⁸. En su caso no hubo razones ideológicas de por medio, sino al parecer una combinación de factores personales (envidias, rivalidad hacia los intelectuales, desencuentro con dirigentes de la IC). Respecto a Ravines, según Marta Vergara, fue el propio PC el que encargó de depositarlo en el campo enemigo ⁵⁹.

La situación de Manuel Hidalgo también es ilustrativa⁶⁰. Al parecer, el principal punto de disensión entre Hidalgo y el resto de la plana directiva fue la diferencia en la estrategia política que debía aplicarse durante la Dictadura de Ibáñez. Su grupo era partidario de formar una alianza amplia (incluyendo a los alessandristas), mientras el resto se mantenía más apegado al camino de la oposición revolucionaria contra todos los sectores de la burguesía. La estrategia de ambos no excluía la utilización de los espacios que ofrecía la legalidad (por ejemplo, las elecciones parlamentarias y los sindicatos

⁵⁷ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 328-329.

⁵⁸ Vergara, *Memorias*, págs. 152, 158, 163-165.

⁵⁹ Vergara, *Memorias*, págs. 174-175.

⁶⁰ Ver al respecto el artículo de Olga Ulianova.

reconocidos por la legislación laboral) ⁶¹. La diferencia se zanjó a través del reconocimiento que dio el Bureau Sud Americano de la Internacional Comunista al grupo de Lafertte, lo que permitió ratificar la expulsión de los disidentes. Una vez reiniciada la vida pública del PC, proliferaron los ataques contra los expulsados debido a que estos descalificaron el apoyo del Bureau Sud Americano e intentaron obtener el apoyo directo de Moscú. Durante 1931 y 1932 se multiplicaron las denostaciones contra los "aliados" de la burguesía (por sus acercamientos al alessandrismo), a las que se sumaron afirmaciones abiertamente falsas. Con el Frente Popular, su recuerdo como "traidor" empezó a ser olvidado, en parte por su incorporación al PS. Incluso, según su testimonio, en un momento el PC intentó "recuperarlo" para sus filas ⁶².

Es importante conocer la actuación que le cupo a las estructuras disciplinarias en estos casos. No siempre hay que buscar explicaciones en este nivel, pero muchas crisis se vieron profundizadas por el exceso de celo. En sus memorias, Luis Corvalán se refiere al papel que cumplió la Comisión de Control y Cuadros. Reconoce el abuso que se hizo de la acusación de trotskista. El "sambenito" se empleaba en casos absurdos ⁶³.

⁶¹ Cristián Pérez ha buscado otras razones de la división. Según su punto de vista, los dos sectores planteaban estructuras orgánicas distintas para enfrentar la clandestinidad.

⁶² La invitación era personal y no incluía a sus compañeros de fila, mucho más leales al trotskismo. La intención parece haber sido el impedir o bien debilitar el efecto político de la incorporación de la Izquierda Comunista al PS en 1936. Sagredo, *Crónicas políticas*, pág. 50.

⁶³ Corvalán relata el caso de Luis Urrutia, hermano de Matilde, quien fue acusado de trotskista a pesar de tener inclinaciones más bien estalinistas. Corvalán, *De lo vivido*, págs. 102-104

En 1961 se buscó responsabilizar de este proceder excesivo a Galo González, como reflejo de la versión chilena del culto a la personalidad. La concentración de la dirección en pocas personas fue el hecho determinante. Según Teitelboim, recién a partir de 1956 (después del informe de Khrushov sobre Stalin), se empezó a aplicar el principio de la dirección colectiva⁶⁴.

Ha existido otro tipo de distanciamiento de algunos militantes, por razones de conciencia y sensibilidad personal. En esta línea se inscribe el alejamiento de Natalio Berman, motivado por el proceso judicial que afectó a varios médicos judíos en la Unión Soviética. Orlando Millas relata que Berman se sentía obligado a hacer pública su condena a tales hechos, aún al costo de alejarse del PC. "Estaba desolado. Parecía que repentinamente se hubiese envejecido". Sabía que "no lo comprenderíamos" y que su comportamiento "lo separaría del Partido Comunista". "Siguió viviendo, ya más quitado de bulla, fue reduciendo su activismo infatigable, se separó de los que habíamos sido sus compañeros de lucha (...)"⁶⁵.

Luis Corvalán recuerda a militantes comunistas que fueron exigidos en su compromiso clandestino sin considerar sus situaciones particulares. Relata el caso de un "buen compañero" que se alejó debido al sentimiento de culpa por no entregar todo lo que el "Partido" necesitaba⁶⁶.

⁶⁴ Teitelboim, *Un hombre de edad media*, págs. 486-488.

⁶⁵ Millas, 1932-1947 *En tiempos del Frente Popular*, Santiago, 1993, pág. 237.

⁶⁶ Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado*, págs. 217-218.

Recién en el último tiempo se ha avanzado en la entrega de información que permitirá, en algún momento, reconstruir la historia del PC en estos temas. Hasta hace poco la lealtad, las disenciones y la democracia interna se integraban a la memoria colectiva bajo la forma de estereotipos que ocultaban los fenómenos reales. Lafertte, por ejemplo, negó cualquier atisbo de conflicto en la decisión de incompatibilidad entre la masonería y el comunismo: "Todos los militantes comunistas que eran masones, renunciaron de inmediato y espontáneamente a las logias, cuando se enteraron del acuerdo del noveno Pleno", en 1940⁶⁷.

4. La cultura comunista

Esta es un área temática que no ha tenido desarrollo, aunque existen muchos antecedentes interesantes que demuestran la importancia de incorporar este enfoque. El ámbito de lo político no agota todo el quehacer de un partido. Más aún en una colectividad como el PC, que tiene un componente cultural muy fuerte.

a) *Los mecanismos de transmisión cultural*

La cultura comunista se gestó como consecuencia de un origen social relativamente común (quizás más evidente en las primeras décadas), las experiencias compartidas (sobre todo el peso de la clandestinidad, la represión, etc.) y la memoria transmitida oralmente y a través de algunos textos clásicos.

La importancia del origen social y territorial lo demues-

⁶⁷ Lafertte, *Vida de un comunista*, pág. 328.

tran los testimonios de los obreros salitreros, los pirquineros y cabreros del Norte Chico, los mineros del carbón, los obreros del cemento en La Calera, los pobladores de La Victoria, etc. Casi todos ellos se formaron políticamente en sus luchas sociales y en el contacto cotidiano.

Los períodos de clandestinidad han jugado un papel igualmente destacado. La necesidad de vivir alejado de la familia, en contacto con otros militantes, ha fortalecido los lazos afectivos al interior de la estructura partidaria. Pero, en no pocas ocasiones, los efectos de la persecución han derivado en tensiones familiares y separaciones matrimoniales. Este aspecto ha sido destacado marginalmente, y, cuando más, como una expresión de la fortaleza comunista. Parece haber algo mucho más profundo en esas situaciones, que merecería ser estudiado ⁶⁸.

Entre los textos que más visiblemente han transmitido una mística común se encuentra *La base*, de Luis Enrique Délano, una historia novelada de los sucesos de 1957, que tiene como protagonistas a una pareja de jóvenes comunistas. También está el relato testimonial profundamente humano escrito por José Miguel Varas, titulado *Chacón*, sobre la vida del casi legendario dirigente campesino. El libro autobiográfico de Elías Lafertte, *Vida de un comunista*, ocupa un lugar destacado; así como la novela sobre el mismo personaje, que escribiera Volodia Teitelboim, *Hijo del salitre*. Las biografías de Ricardo Fonseca y Galo González, ambos secretarios generales del PC, también se ubican dentro de los textos de divulgación que han

⁶⁸ Entre los casos registrados, podemos anotar el de Lafertte, abandonado por su compañera mientras estaba relegado en Más Afuera, en 1927 aproximadamente. A José Vega Díaz le sucedió algo similar, en la misma época.

servido para transmitir la experiencia histórica y la “cultura comunista”.

Otros testimonios escritos han circulado bajo la forma de entrevistas periodísticas, gran parte de ellas publicadas en *El Siglo*. El ideal militante también se puede observar a través de los obituarios. El relato oral es otro canal importante de reafirmación identitaria, aunque hasta ahora no ha sido objeto de atención.

b) La moral comunista

Como herencia de Recabarren y su generación, en el PC existió durante mucho tiempo una ética particular. Esto no era sólo un conjunto de valores compartidos, sino un sistema moral sustancialmente ligado a la liberación del capitalismo. Su vinculación era directa con el proyecto popular del siglo XIX, que se sustentaba en la ilustración y regeneración moral del pueblo. La abstinencia alcohólica, la estabilidad familiar (monogámica, libre de violencia), el ascetismo en las costumbres y la ética del sacrificio eran algunos de los componentes de la moral revolucionaria, que compartían los primeros grupos anarquistas, socialistas y comunistas.

Esta ética, que está presente tanto en los textos políticos como en la vida de muchos militantes comunistas, no significa que la práctica cotidiana se haya acomodado siempre a este “deber ser” revolucionario. Pero la sola tensión que muchas

Lafertte, además, se vió afectado por la tensión en que vivía su madre, y por no poder acompañarla en sus últimos momentos. Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 217, 273-275. Testimonio de José Vega.

veces se produjo entre estos dos planos demuestra la importancia que tuvo la defensa de ciertos valores. Esto fue especialmente nítido hasta la década de los 50. La estructura partidaria consideraba parte de su misión el resolver conflictos matrimoniales y poner en orden a los esposos irresponsables. Así también lo entendían las compañeras afectadas, quienes buscaban su respaldo moral, que incluía también la aplicación de sanciones disciplinarias.

En alguna medida, esta vinculación que se estableció entre militancia y vida privada era producto del carácter moralizante que tuvieron las organizaciones obreras en su gestación. La moral proletaria no era un logro personal, sino uno de los tantos efectos de la asociatividad popular, a través de sus mecanismos de educación y disciplina. Lafertte fue un fiel exponente de esta cultura y lo deja en evidencia al relatar las consecuencias que trajo la expulsión de dos comunistas, uno de ellos casado, mientras se encontraban relegados en Isla de Pascua: "libres ya de toda disciplina y de la decencia que caracteriza a los comunistas, ambos se fueron a vivir maritalmente con nativas de la isla"⁶⁹.

Hasta los años 50 esta moral revolucionaria no sólo debía prevalecer en las acciones públicas (por ejemplo, la entrega, la honestidad, la solidaridad, etc.), sino también en el ámbito privado. En este último aspecto es más notoria la presencia de una cultura popular tradicional (que valora la educación, el respeto hacia la mujer, la familia estable, etc.). La paradoja consiste en que esta moral se plantea como base para la construcción de un cambio social y, sin embargo, con-

⁶⁹ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 210 y 213-214.

tiene elementos conservadores, de continuidad, y no de ruptura.

Marta Vergara, desde su sensibilidad feminista, observó esta contradicción en los años 30, cuando empezó a constituirse el MEMCH: "Muchos de esos revolucionarios dispuestos seriamente a afrontar torturas y persecuciones torcían el gesto cuando se les tocaba la señora. Como cualquier burgués, la querían guardada en el fondo de la casa. Para ellas, considerados sus quehaceres, era indudablemente un sacrificio asistir a nuestras reuniones, pero nos dolía que ellos lo destacaran hasta hacer del 'memchismo' de la compañera un motivo de disgustos. En general, no estaban muy dispuestos a despojarse de sus privilegios (...). Había muchos que, también como cualquier burgués, eran mujeriegos. La dirección trataba, sin embargo, de formar hombres honestos, porque un vicioso, además de no poder ser buen comunista, podía convertirse sin querer en delator. En suma, cuando el asunto de las relaciones conyugales, legítimas o no legítimas, afectaba al partido, se encendía inmediatamente la luz roja; pero si todo se limitaba a que existía una compañera más o menos secuestrada en manos de un marido celoso y prepotente, a nadie salvo a nosotras le importaba" ⁷⁰.

En el comportamiento cotidiano, por tanto, confluían una aspiración de cambio en las costumbres morales con un cierto conformismo cultural.

La tradición moralizante ha tenido una consecuencia política: ha dificultado la capacidad del PC para integrar a los

⁷⁰ Vergara, *Memorias*, págs. 138-139.

marginados (lo que algunos denominan el “lumpen”, los des-camisados, la “barbarie”). Varios elementos han contribuido a privilegiar la búsqueda de la ilustración del pueblo, es decir, la incorporación plena de los sectores subordinados a la modernidad. Por una parte está el componente ético heredado de la tradición recabarriana y anarquista. A esto se suma el propio carácter que tiene la acción militante, fundada en una cultura de la responsabilidad y la constancia. Todo aquello que desbordaba o se situaba a los márgenes de la ética ilustrada terminó siendo extraño a la moral predominante y pasó a ser excluido. La intolerancia hacia el desenfreno, el exceso y la intemperancia estuvo (y sigue estando) muy arraigada en la cultura comunista. El respeto por las normas culturales predominantes se aplicó a todos los ámbitos, incluido el sexual. Luis Corvalán recuerda que esa intolerancia lo condujo a oponerse a la incorporación como militante de un valioso artista en razón de sus inclinaciones homosexuales ⁷¹.

Gran parte del respeto político hacia los comunistas nació de los valores asociados a su estilo de vida que privilegiaba el ascetismo. Durante los gobiernos de Aguirre Cerda, Ríos, González Videla y Allende, los militantes del PC con cargos públicos no se vieron envueltos en prácticas de corrupción, o por lo menos no en la proporción que afectó a otros sectores. La entrega del sueldo al Partido fue una muestra de esta actitud ⁷².

En gran medida la moral comunista fue heredada y se reprodujo en la práctica cotidiana. No fue un producto cohe-

⁷¹ Corvalán, *De lo vivido*, pág. 104

⁷² Esta práctica comenzó con los parlamentarios. Durante la Unidad Popular se extendió a todos los militantes con cargos públicos, incluidos los gerentes o interventores de empresas.

rente con el pensamiento marxista (mucho más relativista, en ese sentido). La misma práctica social fue modificando esa moral tradicional. A partir de los años 60, por ejemplo, la rigidez inicial se debilitó y se impuso una mayor cuota de relativismo, ligada a una liberalización general de las costumbres. Con el acercamiento de muchos comunistas a la doctrina de los Derechos Humanos, ciertos valores adquirieron un carácter universal. Sin embargo, en este plano no ha habido una asimilación completa y en muchos aspectos se combina una moral relativa con una universal ⁷³.

En las últimas décadas se ha debilitado esta tradicional "moral comunista", aunque de algún modo sigue presente como ideal. Así lo demuestra la "sorpresa" que han demostrado muchos militantes ante el ambiente un tanto desenfrenado que ha rodeado la Fiesta de los Abrazos.

c) La simbología

Los símbolos visibles de la identidad comunista se reforzaron, al parecer, durante los años de mayor aislamiento político, en los 20 y 30. En esa etapa el PC tuvo una gran capacidad para generar distintivos que representaban su identidad. Uno de ellos fue el puño derecho en alto, que se diferenciaba del izquierdo, propio de los socialistas.

Otros símbolos eran compartidos con el resto de los sectores populares. Por ejemplo, las canciones e himnos revolu-

⁷³ Esto es claro al confrontar, por ejemplo, el tema de la tortura y del aborto. Para el primero rige un criterio de condena universal. Para el segundo se pretende buscar una explicación socio-económica.

cionarios, que se publicaban en cancioneros. Uno de ellos era el Himno a la Pampa. La Internacional se vinculaba más estrechamente con el comunismo. La bandera roja era de uso compartido con otros sectores de orientación revolucionaria (con excepción de los anarquistas, que usaban la rojinegra). En las cartas se utilizaban varias fórmulas de saludo y despedida que enfatizaban el carácter revolucionario ("Salud y Agitación", "Salud y Revolución", "Viva la Revolución Social", etc.).

A partir del Frente Popular, la simbología propia se hizo más difusa, menos exclusiva. La Canción Nacional reemplazó los himnos revolucionarios, el puño izquierdo en alto pasó a confundir la militancia comunista y socialista en general.

e) El círculo hermético

Otro aspecto que no ha sido estudiado es el comportamiento interno del PC. Es probable que la bolchevización haya sido un elemento diferenciador entre una etapa inicial más abierta (con estructura de asambleas, sin grandes mecanismos de disciplina) y otra posterior, que dio origen a la típica orgánica cerrada.

Su resistencia a mostrar o exponer sus estructuras, sus discusiones y vida cotidiana se explica, en parte, por la organización de tipo celular, jerarquizada y segmentada. Pero esta reserva también se basa en una cultura de la lealtad y estrechos mecanismos de socialización. Esta "gran familia" fomenta lazos internos de solidaridad y mecanismos de protección frente a lo que pueda debilitar esas redes. Lo que desde fuera es visto como una rígida estructura de poder, desde el interior se respira como el respeto casi reverencial hacia la autoridad

paterna. Los órganos superiores actuaban, para el común de los militantes, como protectores de una mística compartida, como defensores de la pureza de los principios y como alertas vigilantes frente a los ataques y “desviaciones”.

“Lo que vino fue muy duro”, recuerda Volodia Teitelboim, refiriéndose a las consecuencias de la expulsión de Hernández Parker. “Conforme a la ley de la tribu, muchos de sus antiguos camaradas le negaron el saludo. Conocí su pesadumbre”⁷⁴. Una opinión distinta, más apegada a su papel de defensor de la fe, nos plantea Lafertte respecto a quienes “no fueron capaces de soportar el camino de un comunista”. “Cuando uno está completamente identificado con el Partido, no hay tortura que valga”. Según Lafertte, los que abandonan “la causa de los que luchan por la liberación del pueblo chileno” (es decir los que abandonan el Partido), sea “por debilidad o falta de valor”, obtienen una respuesta simple del PC: el olvido⁷⁵.

La típica conducta de círculo cerrado que rindió frutos en los difíciles años 30 se transformó en un problema difícil de enfrentar cuando el PC empezó a tener aspiraciones mayores. Por ejemplo, para algunos *El Siglo* debía ser un periódico de y para comunistas. No pocas tensiones provocó su apertura hacia un estilo más abierto, con participación de profesionales no comunistas⁷⁶.

La “tribu” no estaba ajena a conflictos internos. Algún grado de recelo y desconfianza, que merecería ser estudiado

⁷⁴ Teitelboim, *Un muchacho*, pág. 348.

⁷⁵ Lafertte, *Vida de un comunista*, págs. 331-332.

⁷⁶ Teitelboim, *Un hombre de edad media*, págs. 80-81 y 91-92

con más detención, se produjo entre el "obrerismo" y los intelectuales, como veremos más adelante.

5. Sociología del comunismo

a) Los mecanismos de politización:

Salvo el estudio de José del Pozo para los años 70, la historiografía chilena no ha incorporado el tema de la "socialización política". Se sabe, de cualquier modo, que existen factores de largo plazo (situacionales, de lenta maduración) y otros que podemos denominar desencadenantes, que gatillan una decisión en determinadas circunstancias (como una etapa de gran efervescencia política o bien de repliegue, un hito histórico, etc.).

Entre los factores de largo plazo uno de los más notorios es el ambiente de restricciones económicas, pobreza y discriminación. Aquí podemos situar a Marcos Chamudes, quien recuerda con fuerza el rechazo social que vivió en su paso por el liceo, situación que le generó un gran odio contra la burguesía. Algo similar relata Clotario Blest.

Pero la lucha social es probablemente la más frecuente vía que conduce a la militancia. Son muchos los dirigentes sociales que, en su camino de definición política, terminaron enrolándose en un partido, entre ellos el PC. En el caso de los comunistas, esto se ha producido entre los dirigentes sindicales, estudiantiles, de mujeres. En los primeros años fue frecuente que los dirigentes de la FOCH, los "federados", pasaran a militar en el PC. El caso de Marta Vergara nos sirve para ilustrar un acercamiento desde el ámbito de las organizaciones feministas.

La familia puede ser un factor relevante, aunque Del Pozo señala que no es el más importante en la izquierda. Se trata de la influencia de los padres u otros familiares, a través de un clima propicio (lecturas tempranas) o por un hecho que marca la vida íntima (represión familiar). En el caso del PC no nos parece que haya sido excepcional esta influencia. La represión que se inició en 1973 afectó principalmente a “familias militantes”.

Otro modelo de socialización es el que se produce por oposición, es decir, los «convertos» que por rechazo al medio familiar cercano se transforman en las “ovejas negras”. En el PC hay abundantes ejemplos de militantes que nacieron en un ambiente oligárquico hostil al comunismo: Sergio Buschmann, José Sanfuentes, Manuel Riesco.

Otra vía es la “elección” o el convencimiento “racional”, teniendo resguardo con los términos. En este caso, las sucesivas lecturas y la experiencia política conducen a un acercamiento progresivo. Aquí puede caber el caso de los militantes que provienen de otros partidos, como Orlando Millas y César Godoy Urrutia. No parece ser un camino frecuente en la militancia de base, más fiel a las decisiones de por vida, sino de intelectuales ⁷⁷.

La influencia personal de un gran líder es otro mecanismo de politización y militancia. En el caso del PC, Recabarren

⁷⁷ Entre los militantes de base es común la militancia de por vida, aún en épocas de total aislamiento político. Cuando el clima partidario es adverso, la decisión suele ser la inactividad, pero no el cambio de partido. Así ha sucedido con muchos socialistas en la última década. En un amplio segmento de la izquierda la identidad cultural parece ser mucho más fuerte que la definición ideológica.

es el más poderoso ejemplo en este sentido. Su poder de atracción con la palabra fue notable, no como orador, sino como polemista y educador. A esto se sumó su propio ejemplo de vida, que en mucho se acercaba al apostolado de los primeros cristianos. El impacto que provocó en quienes lo conocían fue inmediato. Aunque en los relatos que lo recuerdan puede haber una carga emocional motivada por su trágica muerte, no parece aventurado reconocer en Recabarren una suerte de “carisma” que lo acompañó en vida, y que la muerte únicamente potenció aún más.

A todos estos factores hay que agregar el fenómeno de “enrolamiento”, como parte de una política planificada, muy propia del PC. No conocemos la época de inicio de esta práctica, pero ya era común y ampliamente publicitada a través de la prensa en los años 60. Las campañas de afiliación condujeron, en algunas épocas, a militancias con escasa maduración política (según se desprende de algunos testimonios). De hecho al interior del PC se dio una tensión entre el interés por captar nuevos adherentes y el recelo hacia los que se integraban en épocas de auge electoral (como ocurrió durante al Unidad Popular). La cultura comunista ha estado muy asociada a la experiencia del sacrificio, y de ahí la distancia que se guarda con aquellos que no han vivido en toda su magnitud el “costo humano” de la lucha ⁷⁸.

⁷⁸ La antigua militante Elena González recuerda, con dolor, a cierto militante que le enrostró el no “haberse mojado el potito” durante la Dictadura. Parecía haber una cierta necesidad de mostrar en el curriculum político una cuota de encarcelamiento. Ella replicó: “No caí presa, pero el haber estado preso no es necesariamente un honor”. Varas, *La novela de Galvarino y Elena*, pág. 182

b) *Composición orgánica:*

Como todo partido político, la estructura interna del PC es un componente esencial que ayuda a comprender algunos aspectos de su historia. Pero las dificultades para conocer esa realidad aleja la posibilidad de aventurar hipótesis.

Se podría esperar una distancia entre el dirigente, el funcionario o el "cuadro" y el simple militante de base. También habría que rastrear las distintas dinámicas que enfrenta el dirigente social (sujeto a una "doble lealtad") y el simple militante.

Una figura que hemos podido rescatar es la del "funcionario sin sueldo", es decir, aquel militante enfrentado a una gran responsabilidad partidaria, pero que no forma parte de los funcionarios con sueldo. Un ejemplo de esta categoría fue Juan Chacón, por lo menos hasta los años 30. Así lo recuerda Reinaldo Núñez: "En mi caso no faltaba un plato para ellos y casi siempre, esa era la única comida que hacían en el día. Era un equipo reducido, pero de pelo en pecho". El propio Chacón "andaba muchas veces con un banquillo de madera debajo del brazo: en cualquiera esquina lo ponía en el suelo, se subía encima y vamos discurseando. Era un gran agitador. Estos camaradas vivían en la más tremenda miseria. Poco les faltaba para morir de hambre. Tirillentos. Como no tenían nunca una chaucha, yo mismo les cortaba el pelo en mi casa. (En 1938, cuando triunfó el Frente Popular, cerré la peluquería: 'ya no les corto más', les dije)" ⁷⁹.

⁷⁹ Varas, *Chacón*, págs. 101-102.

Este prototipo del “agitador”, un grupo pequeño como lo reconoce Núñez, se ha mantenido en la memoria como el ideal de revolucionario, asimilado incluso en su aspecto físico y su vestimenta. Y hasta lo podemos imaginar con su sombrero y su vestón maltrecho y los bolsillos llenos de proclamas y papeles.

La preeminencia de esta imagen –en parte magnificada en el imaginario comunista- dificulta observar la existencia de otras formas de militancia, más invisibles pero más extendidas. Por ejemplo, el crecimiento de la estructura partidaria generó una burocracia interna que ha sido poco recogida en los testimonios. En los años 60, Federico Gil hacía notar que los “profesionales” dentro del PC se formaban después de una larga y probada militancia. A diferencia de otros partidos, donde era frecuente la “carrera meteórica”, aquí el camino se construía con la constancia y la lealtad ⁸⁰.

c) *Composición social*

En la etapa inicial, hasta el Frente Popular, la extracción social era claramente artesanal y obrera. Los fundadores provenientes de las filas demócratas poseían oficios tradicionales (Recabarren, tipógrafo; Hidalgo, dorador). La segunda generación añadió una extracción laboral más diversa, a veces menos especializada, salvo los tipógrafos que siguieron presentes. Abundaban los obreros que habían transitado del campo a la pampa, pasando por un sin fin de oficios urbanos. La base proletaria era predominante: Elías Lafertte, Pedro Reyes, Luis Barra Silva, José Vega, Andrés Escobar, Luis Valenzuela Moya.

⁸⁰ Gil, *El sistema político en Chile*, pág. 302.

En esta época los intelectuales con formación superior eran escasos (Carlos Contreras Labarca, Antonio Quintana, Roberto Landaeta, Gerardo Seguel). La mayor parte de los profesores normalistas tenían una orientación anarquista y socialista; y los comunistas eran una minoría (Ricardo Fonseca, Bernardo Ibáñez, Crisólogo Gatica). Había artistas que tenían una simpatía, pero no una vinculación orgánica (Vicente Huidobro, Pablo de Rocka). Los jóvenes estudiantes comunistas o filocomunistas, provenientes del Grupo Avance, se integraron mayoritariamente al sector trotskista, en distintas etapas, a partir de 1931. Entre ellos podemos nombrar a Humberto Mendoza (ingeniero agrónomo), Tomás Chadwick, Oscar Weiss, Manuel Contreras Moroso, Jorge Neut Latour (abogados) y Roberto Alvarado (médico). Las excepciones eran contadas: el joven abogado Volodia Teitelboim, los médicos Contreras, Cabello y Calvo. Esto hizo más cerrado aún el círculo obrero del PC. El grueso de la militancia comunista era proletaria.

Recién con el inicio de la política del Frente Popular la base social del Partido se amplió. Una buena cantidad de intelectuales y artistas entró a militar, o bien mantuvo una cercanía con sus posturas. Entre ellos podemos mencionar a varios que se incorporaron a fines de los treinta o comienzos de los 40: Armando Carvajal, Blanca Hauser, Gustavo Becerra, Pedro de la Barra, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Alejandro Lipschutz ⁸¹.

Incluso algunos sectores de la clase alta se sintieron atraídos por el discurso antifascista, liderado por los comunis-

⁸¹ Corvalán, *De lo vivido*, págs. 88-89.

tas, y empezaron a asistir a sus actividades. Recuerda Ravines: "Entre los asistentes a los cursos que funcionaban para las diversas clases de simpatizantes y militantes, figuraban chicas de la buena sociedad chilena, que sin tener ni el más lejano vínculo con el proletariado, se interesaban por la doctrina extraña, perseguida y aguerrida que era el comunismo. En no pocas damas actuaba el oscuro y poderoso atractivo de la tentación de lo prohibido, de la aventura cargada de misterio, de la presencia del peligro y de las emociones nuevas. Otras, eran muchachas que se acercaban halconeando por aparecer dotadas de personalidad ante el círculo de sus amistades. Y en no pocos casos, actuaba una sincera inclinación a paliar el dolor humano, a trabajar por el advenimiento de un mundo mejor y más justo". Entre las mujeres atraídas por los comunistas se encontraban "la Lela y la Chita" (respectivamente Delia de la Fuente Smith, hija de la cantante Delia Smith, y Lucía Acuña Sepúlveda). La primera terminó casándose con Ravines ⁸².

Al parecer esto no significó, por lo menos durante los años del Frente Popular, un desplazamiento del sector obrero. Más bien su influencia se profundizó, ya que sólo ellos parecían los llamados a contener cualquier amenaza de "aburguesamiento". La rivalidad hacia Chamudes parece haber tenido ese componente. Se le enrostraba su estilo de vida burgués, su vida de lujo, su forma de vestir. Según su esposa, efectivamente a partir del Frente Popular se produjo un cambio en su nivel de vida, pero fueron mínimas comodidades, nada que fundamentara esas acusaciones ⁸³.

⁸² Ravines, *La gran estafa*, págs. 340-342. Teitelboim, *Un muchacho*, págs. 312-313 y 337; Vergara, *Memorias*, pág. 140.

⁸³ Vergara, *Memorias*, págs. 129, 147, 163 y 168.

Este fenómeno no parece incomprensible, dada la historia que tuvo la composición social del PC. Y quizás no se diferencie mucho de fenómenos similares que se dan en otros partidos. Lo importante, en el caso del PC, es la preocupación explícita que ha existido por mantener un alto nivel de representación de los sectores proletarios. Más allá del peso real que estos tengan en la dirección interna y en la elaboración de las estrategias, se sigue intentando resguardar al Partido de su "aburguesamiento". De cualquier modo, la presencia de los intelectuales es bien vista, por lo menos públicamente, en gran medida por el prestigio que esto produce. Según un autor, el núcleo obrero urbano fue el más activo hasta los años 50; en los 60 se integraron en forma más numerosa los sectores rurales. Una manifestación del peso de los obreros habría sido su presencia en las reuniones de alto nivel del FRAP⁸⁴.

Al parecer los roces no se dieron propiamente entre intelectuales y obreros, sino entre una sensibilidad "obrerista", cerrada y desconfiada del mundo no proletario, y otra "intelectual", abierta a las ideas y menos ortodoxa. Volodia Teitelboim, recordando a un camarada que le enrostró su origen no obrero, calificándolo de "pequeño burgués condolido", señaló sobre esa época: "En aquellos tiempos el Partido vivía la idolatría del 'proletariado', el único que podía hacer la revolución (...) ⁸⁵". Aunque los años 60, al parecer, fueron modificando esa postura, las diferencias internas siguieron manifestándose. Carlos Orellana, escribiendo en 1994 (después de abandonar el PC), hacía notar sus sospechas de "dogmatismo"

⁸⁴ Gil, *El sistema político de Chile*, pág. 301-302.

⁸⁵ Teitelboim, *Un hombre de edad media*, pág. 242.

en algunos de sus antiguos compañeros. El equipo de redacción de la revista *Araucaria de Chile*, editada en el exilio, era mirado con sospecha por su carácter abierto, pluralista y no militante. Según su percepción, sólo el prestigio de Volodia Teitelboim y el apoyo de la mayoría de la Dirección del PC evitó cambiar el carácter de la publicación, o su cierre ⁸⁶.

6. *La percepción de los no-comunistas*

La diferencia entre el comunismo y otras ideas políticas de izquierda no siempre ha sido considerada entre los sectores que han reaccionado frente a su presencia. A veces se ha confundido detrás de esa denominación tanto a anarquistas como a socialistas. Con el surgimiento de la Unión Soviética se hizo una mayor distinción, pero de todos modos en el lenguaje común muchos cabían dentro del concepto "comunista".

a) *El peligro rojo*

La reacción más dura de rechazo, sobre todo después de la Revolución Rusa, se expresó entre los sectores conservadores, quienes crearon una imagen casi demoníaca de los comunistas. Lo que comenzó como un temor hacia lo desconocido se fue transformando, con los años, en un odio profundo. Mientras más se acercó el "peligro comunista" (la Revolución Cubana y finalmente la Unidad Popular) estos sentimientos se hicieron más virulentos, pasando de los encendidos discursos y artículos de prensa al enfrentamiento directo.

⁸⁶ Orellana, "Bitácora personal de una historia colectiva", en Orellana, *Araucaria de Chile. Índice general (1978-1989)*, Santiago, 1994 págs. 30-32.

En los sectores de clase alta se hizo común aludir a ciertos elementos asociados a este “peligro rojo”:

- los “rotos” al poder.

En una época de gran segregación social, aterrorizaba la sola idea de que los estratos subalternos llegaran al gobierno. Era la civilización misma la que parecía amenazada por los marginados.

- la dictadura.

Los comunistas empezaron a ser asociados con la pérdida de libertades y la ausencia de democracia. Más que por la trayectoria particular del PC chileno, influyó el discurso revolucionario del conjunto de la izquierda, sobre todo en cuanto a sus críticas a la “democracia burguesa”. A esto se agregó la situación política de los países socialistas.

- el satélite de Moscú.

La dependencia del PC chileno respecto de Moscú fue un temor que estuvo presente en muchos sectores. Los socialistas parecían más autónomos, por lo menos hasta los años 60, cuando empezaron a establecer lazos con la URSS y otros países socialistas. Jugó en su favor, además, su mayor tradición nacionalista y americanista.

Este tipo de rechazo y temor hacia los comunistas no fue privativo de las clases altas, sino también de amplios sectores medios y populares (urbanos y rurales). Hasta donde sabemos, no existen estudios que hayan profundizado en conocer estas tendencias derechistas en el mundo popular. Sin embargo, hay indicios de que el discurso anti-comunista ha permeado con fuerza en importantes sectores.

b) Los comunistas confiables

En el centro político es posible observar una actitud distinta, de mayor respeto y confianza hacia los comunistas. Por su disciplina interna, aumenta su capacidad para llegar a acuerdos, lo que es valorado. A esto se suma la práctica política que se inició con Recabarren, siempre dispuesto a los acuerdos, lejano a las experiencias golpistas y poco cercano a las asonadas populares.

c) La desconfianza desde la izquierda

Aun cuando el PC ha tenido muchos puntos de contacto con la izquierda no-comunista, sobre todo a partir de 1935, una actitud muy extendida en esta relación ha sido la desconfianza, en ambos sentidos.

Un primer aspecto que despierta resquemores hacia los comunistas es la disciplina interna, el verticalismo que impide los divisionismos (o los ahoga tempranamente), la ausencia de la anarquía propia de la izquierda no comunista. Todas estas críticas destacan la falta de democracia en el PC, su rigidez institucional que convierte al aparato partidario en una estructura impenetrable. Los ex comunistas que han pasado a militar en otros partidos han jugado un papel activo en este distanciamiento.

Otra causa de distanciamiento, que se desprende de la anterior, es la suspicacia en la eficiencia y la capacidad orgánica del PC. Es el temor a ser absorbido o aplastado por la historia y la máquina partidaria. Esto parece agudizarse en aquellos momentos en que el peso relativo del PC es mayor.

Un tercer elemento, y que es común a toda la izquierda, se refiere al rol autoasignado de vanguardia de la Revolución. Aunque pueda haber confluencias de tipo estratégico, en el comportamiento cotidiano los distintos grupos no ocultan el sentirse portadores de la verdadera línea, la "posición justa". El PC no ha escapado a esta tendencia, atenuada durante las etapas en que ha logrado una mayor capacidad para establecer alianzas.

Otro factor es de tipo cultural, y nace de los valores asociados al PC desde su origen. Por ejemplo, su fuerte tradición anticlerical, o francamente atea, le ha dificultado acoger a sectores cristianos. Otras agrupaciones políticas han sido más heterogeneas, lo que les ha permitido abrirse a distintas expresiones culturales. En el PS y en el MIR han confluído vertientes laicas, anarquistas y social-cristianas.

Por supuesto, el distanciamiento al interior de la izquierda tiene una fuerte dosis ideológica. Las vertientes socialistas ubicadas a la izquierda del PC enrostran su "reformismo", que se expresaría en su tendencia electoralista, negociadora, pragmática y sometida al sistema.

Ultimamente se ha agregado un distanciamiento desde la izquierda concertacionista, que en parte tiene un trasfondo ideológico, al que se suma un cálculo político. Un ex dirigente comunista recordaba haberse sentido un "intocable" frente a la elite socialista, en los años 1988/ 89. A esos sectores les incomodaba mostrarse frente a los comunistas.

A modo de conclusión

Los enfoques que se han aplicado al estudio del Partido Comunista de Chile han tenido un énfasis marcadamente político-ideológico. Esto queda reflejado en la descripción que hemos entregado del estado de las investigaciones. Las miradas sobre aspectos culturales, sociales o estéticos han estado prácticamente ausentes. En contraste prolifera la discusión sobre las estrategias que han distinguido su vida política. Todo esto no debe resultar extraño. El protagonismo político del PC terminó imponiéndose frente a consideraciones de otro tipo.

Las nuevas tendencias en las ciencias sociales han puesto al descubierto las limitaciones de esta mirada. Lo anterior no ha significado una reactivación de los estudios, pero sí una cierta toma de conciencia. Una razón de orden más práctico se ha sumado a este nuevo escenario. La crisis que remeció al comunismo mundial desde fines de los años 80 ha demostrado la insuficiencia de una perspectiva reduccionista que no incorpora las múltiples facetas presentes en la vida de una colectividad política como el Partido Comunista. Si hay razones para explicar la capacidad del PC chileno (así como en otras latitudes) para seguir existiendo, éstas se encuentran en todos aquellos factores que le dieron vitalidad durante su casi nonagenaria existencia.

Los ingredientes no dejan de ser sorprendentes: una buena dosis de sectarismo, pero con capacidad para convivir en un ambiente de adversidad; un fuerte espíritu de tribu, aunque con una innegable inserción social; idealismo en los principios, pero con una importante cuota de pragmatismo en la acción; un espíritu de rebeldía que no le ha impedido ocupar

espacios en la vilipendiada "institucionalidad burguesa".

La historiografía chilena no se ha hecho cargo, hasta ahora, de estos complejos fenómenos. Incluso en forma indirecta se respiran aires hostiles hacia lo que se presenta como una expresión más de la "clase política". Las nuevas tendencias historiográficas miran con recelo el papel tradicional de las autodesignadas "vanguardias políticas". Por ello, en un intento por resituar el protagonismo de los sujetos olvidados, han privilegiado el estudio de las vidas cotidianas del hombre y la mujer comunes, como reales portadores del proyecto popular de cambio.

Si bien la historiografía ganó mucho al reconsiderar el excesivo protagonismo de los partidos políticos en los enfoques tradicionales, también ha perdido al cegarse hacia un ámbito que ha demostrado ser fructífero para comprender el comportamiento de los sectores populares. Su tendencia a representarse políticamente ha sido una constante en la historia de nuestro país. Obviamente no ha sido éste su único canal de expresión, pero sí uno que le dado capacidad para dinamizar los procesos sociales.

Es tenue la línea que separa el ámbito político del social, en especial en este siglo, cuando los sectores populares terminaron por irrumpir en la escena pública, forzando la transformación del sistema político institucional. La segregación de "lo político" a un segmento reducido de la sociedad durante el siglo XIX fue cediendo en las primeras décadas del presente, dando paso a una ampliación de este ámbito a terrenos desconocidos. Los eternos marginados de la historia (o algunos de ellos, para ser más precisos) empezaron a conquistar nuevos

espacios en la sociedad, logrando modificar las condiciones en que se ejercía la tradicional dominación oligárquica. La lucha se amplió notablemente en el siglo xx: la prensa dejó de ser un ámbito privativo de ciertos círculos políticos y empresariales o de una minoría popular ilustrada; la radiotelefonía se masificó y a través de ella el mensaje de cambio social también empezó a adquirir nuevas dimensiones; la práctica deportiva profundizó su antiguo proceso de segregación social y allí también comenzó a operar una disputa por su control; la actividad sindical, legalizada a partir de 1924, enfrentó a tendencias integracionistas con aquellas que promovían la ruptura.

En este escenario nació y dio sus primeros pasos el Partido Comunista. Ya no se trataba de una pura y simple resistencia frontal al capitalismo liberal, como en el siglo pasado. No por mucho tiempo se pudo sostener la labor de mera denuncia. El comportamiento político de los sectores populares se vio obligado a complejizarse. Instalado el nuevo escenario institucional, con un Estado fuertemente interventor en lo económico-social, el pc se vio enfrentado a múltiples disyuntivas. La línea se hizo difusa entre la necesidad de guardar distancia respecto del orden establecido y ocupar todos los espacios disponibles.

Si hay una constante en la historia del pc ha sido justamente esa. Situar-se en un precario equilibrio entre las propuestas de reforma al sistema económico-social y sus sueños de revolución social. Por ello, las estrategias que fracasan y las que buscan imponerse han dominado su larga historia. El enfrentamiento con derechas e izquierdas ha estado en el centro de su quehacer.

Los “giros” y “rectificaciones” de la línea política, producto de este difícil camino de equilibrios (entre legalismo y

ruptura; vía pacífica, autodefensa y componente militar; partido de masas y partido de cuadros, etc.), han tenido como contrapartida, y sustento, una larga continuidad en su vida interna. Sus rasgos culturales, sus prácticas sociales, lo peculiar que distingue a los comunistas chilenos, le han dado una notable estabilidad y capacidad de cohesión. Obviamente los cambios también han operado en este plano, pero de un modo menos visible y con gran resistencia.

No es poco común escuchar a viejos militantes quejarse por la pérdida de tal o cual actitud, tan arraigada en los viejos tiempos. Es la forma en que se expresa la pérdida de tradicionales valores que acompañaron la vida partidaria por décadas, y su reemplazo por nuevas formas de situarse en el mundo.

El respeto que existe entre los comunistas por su historia partidaria no es algo secundario. Es su forma de vincularse con esa trayectoria de luchas que le da sentido a su quehacer político y con esos valores que le otorgan trascendencia a la propia vida. La glorificación del pasado forma parte de esa cultura comunista que busca un lugar en la historia, una satisfacción aún en las derrotas, un reposo para el alma en el largo camino por lograr la justicia social.

Fuentes consultadas

Estudios historiográficos

- BARNARD, Andrew: *The Chilean Communist Party, 1922-1947*, Thesis present for the degree of Doctor of Philosophy in the University of London, University College, University of London, London, december/1977 (inédita).
- BARNARD, Andrew: "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 13, 1981, N°2, págs. 347-374.
- BARNARD, Andrew: "El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934)", en *Nueva Historia*, N°8, abril-dic./1983, 211-250.
- BÓRQUEZ BERTRÁN, Isabel M.: *1983-1988 vocerías comunistas ¿fuentes legítimas de información?*, UC, tesis comunicación social, 1992.
- DAIRE, ALONSO: "La política del Partido Comunista desde la Post-Guerra a la Unidad Popular", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.
- DURÁN B., Luis: "Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile. 1903-1973", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.
- FURCI, Carmelo: *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, Zed Books Ltd., London, 1984.
- GÓMEZ, María Soledad: "Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.
- LJUBETIC VARGAS, Iván: *Breve historia del Partido Comunista de Chile*, Serie Comisión Regional Metropolitana, s/e, s/a.

- LJUBETIC VARGAS, Iván: *Surge el Partido Comunista de Chile en 1912?*, Documento de Trabajo, ICAL, Santiago 1991.
- LOYOLA TAPIA, Manuel, y Jorge Rojas Flores: "La juventud comunista en los años 20", en *Pluma y Pincel*, N° 177, abril/1997, págs. 22-24; N° 178, enero/1998, págs. 18-20.
- RAMÍREZ NECOCHEA, Hernán: *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, (*Ensayo Historia del Partido*) Editorial Austral, Santiago, 1965 (1ra. ed.); Editorial Progreso, Moscú, 1984 (2da. ed. ampliada, con el subtítulo: *Ensayo de Historia Política y Social de Chile*).
- RIQUELME, Alfredo: *Visión de Estados Unidos en el Partido Comunista Chileno. La Era Rooseveltiana: 1933-1945*, Documento de Trabajo N° 239, FLACSO, Santiago, Abril/1985.
- RIQUELME, Alfredo y Alonso Daire: *Visión y Discurso sobre Estados Unidos en el partido Comunista Chileno (1945-1973)*, Documento de Trabajo N° 311, FLACSO, Santiago, Agosto/1986.
- ULIÁNOVA, Olga, y Evguenia Fediakova: "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", en *Estudios Públicos*, N° 72, primavera/1998, págs. 113-148.
- VARAS, Augusto: "Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.
- VERGARA, Jorge: "El pensamiento de la izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.
- VILLARINO Herrera, Macarena: *Vidas de comunistas*, tesis UC, Licenciatura en historia, 1995
- YOPO, Boris: "Las relaciones internacionales del Partido Comunista", en Augusto Varas (comp.), *El Partido Comunista en Chile. Estudio multidisciplinario*, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.

Textos y compilaciones de Recabarren:

- ALEGRÍA, Fernando: *Recabarren*, Editorial Antares, Santiago, 1938 (edición de 1968, titulada: *Como un árbol rojo*).
- DEVÉS, Eduardo, y Ximena Cruzat: *Recabarren. Escritos de prensa*, Nuestra América y Terranova Editores, 4 vols., Santiago. 1985-1987.
- DEVÉS, Eduardo: “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, en *Mapocho*, N° 30, 2do. sem./1991, págs. 127-136.
- JOBET, Julio César: *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno*, PLA, Santiago, 1955.
- JOBET, Julio César; Jorge Barría y Luis Vitale: *Obras escogidas. Luis Emilio Recabarren*, Ed. Recabarren, Santiago, 1965.
- JOBET, Julio César, y Jorge Barría: *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Editorial Quimantú, Santiago, 1971.
- LJUBETIC, Iván: *Don Reca*, ICAL, Santiago, 1992.
- MASSARDO, Jaime: *La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren*, these pour le Doctorat Histoire, Université de la Sorbonne Nouvelle, París III, 1993-1994.
- SALAZAR V., Gabriel: *Movimiento social, municipio y construcción de Estado: el liderazgo de Recabarren (1910-1925)*, Documento de Trabajo N°131, SUR, octubre/1992.
- SILVA, Miguel: *Recabarren y el socialismo*, Taller de Artes Gráficas Apus, Santiago, 1992.
- VARAS, Augusto: *La formación del pensamiento político de Recabarren: hipótesis para una investigación histórica*, Materiales de Discusión N° 41, FLACSO, Santiago, 1983.
- WITKER, Alejandro: *Los trabajos y los días de Recabarren*, Casa de las Americas, La Habana, 1977.

Investigaciones referidas a la historia política de Chile:

- ALEXANDER, Robert J.: *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, New Brunswick 1957.
- ANGELL, Alan: *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, Ediciones Era, México, 1972.
- CRUZ COKE, Ricardo: *Geografía electoral de Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1952.
- CRUZ COKE, Ricardo: *Historia electoral de Chile. 1925-1973*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1984.
- CRUZ SALAS, Luis: *Historia Social de Chile; 1941-1945. Los Partidos Populares: 1931-1941*, Memoria de Título, Instituto Pedagógico Técnico, Universidad Técnica del Estado, Santiago, 1969.
- DE SHAZO, Peter: *Urban Workers and Labor Unions in Chile. 1902-1927*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1983.
- DEL POZO, José: «Los militantes de base de la izquierda chilena», en *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos*, N° 52, 1992.
- DEL POZO, José: *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*, Ediciones Documentas, Santiago, 1992.
- DRAKE, Paul: *Socialismo y Populismo. Chile. 1936-1973*, Serie Monografías Históricas, Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, Valparaíso, 1992 (1ra ed. en inglés, 1978).
- EDWARDS VIVES, Alberto, y Eduardo Frei Montalba: *Historia de los partidos políticos chilenos*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949.
- FAÚNDEZ, Julio: *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*, Ediciones BAT, Santiago, 1992 (1ra ed. en inglés, 1988).
- GIL, Federico: *El sistema político de Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1969 (1ra. ed. inglés, 1966).
- GUILISASTI TAGLE, Sergio: *Partidos políticos chilenos*, Editorial Jurídica, Santiago, 1964.
- HALPERIN, Ernst: *Nationalism and Communism in Chile*, Studies International Communism, Massachussetts Institute of

- Technology, Center for International Studies, MIT Press, Cambridge-Massachusetts, 1965.
- HEISE GONZÁLEZ, Julio: *El período parlamentario. 1861-1925*, t. II *Democracia y gobierno representativo en el período parlamentario (historia del poder electoral)*, Instituto de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1982.
- LEÓN ECHAIZ, René: *Evolución histórica de los partidos políticos chilenos*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1971.
- URZÚA VALENZUELA, Germán: *Los partidos políticos chilenos. Las fuerzas políticas. Ensayos de insurgencia política en Chile*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1968.
- URZÚA VALENZUELA, Germán: *Historia política de Chile y su evolución electoral: (desde 1810 a 1992)*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1992.
- VIAL CORREA, Gonzalo: *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. III: *Arturo Alessandri y los Golpes Militares (1920-1925)*, Editorial Santillana del Pacífico, Santiago, 1987.
- VITALE, Luis: *De Martí a Chiapas. Balance de un siglo*, Editorial Síntesis CELA, Santiago 1995.

Relatos históricos

- CORVALÁN LEPE, Luis: *Ricardo Fonseca. Combatiente ejemplar*, Ediciones 21 de mayo, Talleres Gráficos Lautaro, Santiago, 1952 (1ra. ed.: señala como autor a la Comisión de Estudios Históricos); Camino de Victoria, Editorial Austral, Santiago, 1971 (2da. ed.).
- DÉLANO, Luis Enrique: *Galo González y la construcción del Partido (reportaje)*, Colección Vidas de Revolucionarios, Imprenta Horizonte, Santiago, 1968.
- VEGA DIAZ, José: *Años de Lucha. Epopeyas y héroes del pueblo*, Impresora Horizonte, Santiago, 1962.
- GONZÁLEZ DIAZ, Galo: *La lucha por la formación del Partido Comunista de Chile*, Editorial Austral, Santiago, 1958 (el artículo que

da inicio a este libro se publicó, bajo el mismo título, en *Principios*, Nº5, julio/1951).

Relatos históricos novelados

TEITELBOIM, Volodia: *Hijo del salitre*, Editorial Austral, Santiago, 1952. (1ra. ed.); Editorial Orbe, Santiago, 1968 (3ra. ed.); Ediciones LOM, Santiago, 1955

TEITELBOIM, Volodia: *La semilla en la arena*. Novela, Empresa Editora Austral, Santiago, 1957 (1ra. ed.); Editorial Quimantú, Santiago, 1972 (con el título: *Pisagua. La semilla en la arena*).

DÉLANO, Luis Enrique: *La base*. Novela, Editorial Austral, Santiago, 1958 (1ra. ed.); Editorial Austral, Santiago, 1968-1973 (3ra. y 4ta eds.).

Testimonios de protagonistas:

BOIZARD, Ricardo: *Cuatro retratos en profundidad. Ibáñez, Lafertte, Leighton, Walker*, Imprenta El Imparcial, Santiago, 1950.

BOIZARD, Ricardo: *Voces de la política, el púlpito y la calle*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1948.

CONTRERAS TAPIA, Víctor: *Campesino y proletario*, Prensa Novosti, Moscú, 1981.

CORVALÁN, Luis: *Algo de mi vida. Memorias clandestinas del secretario general del Partido Comunista de Chile*, (Santiago) 1977 (varias ediciones clandestinas; una publicada en 1976 está titulada: *Recuerdo de mi lucha junto al pueblo. Escrito en las prisiones del facismo*).

CORVALÁN, Luis: Santiago - Moscú - Santiago. *Apuntes del exilio*, Ediciones Coiron, Madrid, 1983.

CORVALÁN, Luis: *El derrumbe del poder soviético*, Serie Temas de hoy, Editorial Los Andes, Santiago, 1993.

- CORVALÁN, Luis: *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, LOM Ediciones, Santiago, 1997.
- CHAMUDES, Marcos: *Chile. Una advertencia americana. Semimemorias de un periodista chileno que durante 40 años fue autor y testigo de la vida política de su país*, Ediciones PEC, Santiago, 1972.
- CHAMUDES, Marcos: *El libro blanco de mi leyenda negra*, Ediciones PEC, 1964.
- FLORES U., Carlos: "Recuerdos de Lucha", en *Principios*, N° 88, enero-febr./1962.
- GODOY URRUTIA, César: *Vida de un agitador*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, Sinaloa, 1982.
- GUASTAVINO, Luis: *Caen las catedrales*, Hachette, Santiago, 1990.
- LAFERTTE, Elías: *Vida de un comunista (Páginas autobiográficas)*, Talleres Gráficos Lautaro, Santiago, 1957 (1ra. ed.); Talleres Horizonte, Santiago, 1961 (2da. ed.); Editorial Austral, Santiago, 1971 (3ra ed.).
- MILLAS, Orlando: *La alborada democrática en Chile. Memorias*, Ediciones Chile América CESOC, 4 vols., Santiago. Vol.1: 1932-1947. *En tiempos del Frente Popular*, 1993. vol.4: 1957-1991. *Una digresión*, 1996.
- MUNDT, Tito: *Las banderas olvidadas. Reportaje a una época apasionante*, Editorial Orbe, Santiago, 1964.
- ORELLANA, Carlos: "Bitácora personal de una historia colectiva", en C. Orellana, *Araucaria de Chile. Índice general (1978-1989)*, Ediciones del Litoral, Santiago, 1994, págs. 9-32.
- RAVINES, Eudocio: *La gran estafa*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1954.
- SAGREDO, Rafael (comp.): *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del Cielito Lindo a la Patria Joven*, Dibam, Santiago, 1998.
- TEITELBOIM, Volodia: *Antes del olvido*, Editorial Sudamericana, Santiago, t. I: *Un muchacho del siglo XX*, 1997; t. II: *Un hombre de edad media*, 1999.

- VARAS, José Miguel: *La novela de Galvarino y Elena*, Colecciones Entre Mares, LOM Ediciones, Santiago, 1995.
- VARAS, José Miguel: *Chacón*, Horizonte, Santiago, 1968 (1ra. ed.); Camino de Victoria, Editorial Austral, Santiago, 1971 (2da. ed.); LOM Ediciones, Colección Clásicos de la Novela Social Chilena, Santiago, 1998 (3ra. ed.).
- VARAS, José Miguel, y otros: *Don Américo. Un chileno comunista. Homenaje póstumo*, Santiago, 1992.
- VERGARA, Marta: *Memorias de una mujer irreverente*, Zig-Zag, Santiago, 1962.
- VEGA DIAZ, José: *Recuerdos de un diputado obrero*, Santiago, 1992 (inédito).
- WAISS Oscar, *Chile vivo. Memorias de un socialista. 1928-1970*, Centro de Estudios Salvador Allende, Madrid, 1986.

Informes de actividades comunistas

- FERNÁNDEZ LARRAÍN, Sergio: *Informe sobre el comunismo rendido a la Convención General del Partido Conservador Unido, el 12 de octubre*, Talleres de la Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1954.
- CAVADA RIESGO, Edgardo: *El comunismo y su propaganda en Chile*, Imprenta El Imparcial, Santiago 1933.